

Mimi



7pta.

ediciones bistagne

GERTRUDE LAWRENCE
DOUGLAS FAIRBANKS

MIMI

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARTO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

M I M Í

Adaptación libre de la novela de MURGER,
«Escenas de la vida bohemia»

Realizador

PAUL L. STEIN

Director de producción

LESLIE NORMAN

Música y canciones

GIACOMO PUCCINI

G. H. CLUTSAM

Es un film

Associated British Picture Corporation Ltd.

Exclusiva de

C I F E S A

Mar, 60 - VALENCIA

Valencia, 233 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

25 Marzo 1936

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - BARCELONA

PERSONAJES:

<i>Mimi</i>	Gertrude Lawrence
<i>Rodolfo</i>	Douglas Fairbanks Jr.
<i>Sidonia</i>	Diana Napier
<i>Marcelo</i>	Harold Warrender
<i>Musette</i>	Carold Goodner
<i>Colline</i>	Richard Bird
<i>Schaunard</i>	Martin Walker
<i>Lamotte</i>	Austin Trevor
<i>Barbemouche</i>	Lawrence Hanray

M I M I

Argumento de la película

La bohardilla estaba tan alta, tan alta sobre los techos de París, que los vecinos habían dado en llamarla la "fortaleza aérea". ¿Qué importaba que así fuera si en ella se albergaban alegremente los que componían el grupo más netamente bohemio de todo el Barrio Latino?

¡Cuán penosa y cuán durísima era a veces la existencia para aquellos que habitaban la "fortaleza aérea"! Cuántas veces hubieran podido repetir con el poeta:

Tengo valor y esperanza...

Si no, no tendría nada...

El valor y la esperanza eran lo que sostenía a aquel pequeño grupo de soñadores que se amparaban mutuamente y que no perdían nunca la confianza en sí mismos: el más bello —y acaso el único— don que les daba la vida.

La amistad había nacido en ellos

espontáneamente y se había cimentado de manera sólida con el cambio de buenos servicios. El bolsillo de cada uno pertenecía verdaderamente a todos. Ninguno de ellos pasó nunca hambre solo, porque si alguno se quedaba sin comer era señal infalible de que a los demás les sucedía lo mismo. Fueron para ellos siempre comunes las risas y las lágrimas, porque todos estaban en esa edad tres veces bendita del corazón joven y el espíritu virgen.

El ingenio con que salían de los apuros cotidianos de la falta de dinero les servía de diversión y de jolgorio, y el desinterés con que se ayudaban unos a otros formaba esa bella virtud de la amistad, tan olvidada y maltrecha en estos tiempos en que ha desaparecido el romanticismo para dar paso a la dura realidad de la vida que agosta

en flor todos los bellos sentimientos del corazón.

La bohardilla estaba dividida en varias habitaciones. Todas tenían su ventanuco desde el que se dominaban los tejados vecinos y los otros, y los otros, hasta perderse casi en el confín del horizonte aquel piélago de tejados grisáceos, de chimeneas renegridas, de ventanucos tan estrechos y tan míseros como los propios, que formaba la más pintoresca perspectiva parisina que jamás hubieran podido soñar ojos humanos. Esto lo decía Rodolfo, el poeta. Y Marcelo, el pintor, afirmaba que con aquella perspectiva no se veía él capaz de pintar una obra maestra del arte. Pero Collines, el filósofo, afirmaba que la belleza de las cosas está más dentro de la propia alma que en su materialidad, y que basta mirar con ojos de poeta para encontrar bello lo más aborrecible y romántico aquello que más rezuma prosa e insignificancia; mientras que Schaunard, músico inspirado que jamás había compuesto una canción que fuera completamente original, decía que aquel mar de tejados le sugería un pentagrama lleno de notas...

Marcelo tenía una bella modelo, una modelo que permanecía pacientemente horas y horas posando para él a fin de que pudiera realizar

la obra cumbre de su arte, aquella obra que había de darle la fama y le había de hacer inmortal. Pero algunas veces la modelo se sublevaba contra el pintor, surgían pequeñas disputas, volaban por el aire los pocos objetos que había en la habitación, se oían los gritos desde la portería... y luego reinaba otra vez la calma más perfecta porque aquellas pequeñas borrascas, a las que Rodolfo llamaba "estallidos del amor", se desvanecían en besos y lágrimas de reconciliación.

Con su larga bata de pintor, la paleta en la mano, la melena desgreñada y el amplio lazo negro anudado en torno al cuello, Marcelo pintaba con entusiasmo aquella mañana. Le parecía sentir en sus sienes el soplo de la inspiración. Los colores se fundían en su paleta sin ofrecerle dificultades y las pinceladas iban dejando en el lienzo los trazos de su mano de artista.

—¡Serás inmortal como Mona Lisa!... —exclamó después de haberse alejado un tanto para contemplar su mejor obra—. Colocarán este cuadro en el mejor salón del Louvre y las generaciones futuras admirarán tu belleza reproducida por mi mano y la ensalzarán acaso más que el arte que la produjo...

—Si me muero montada en este miserable caballo —replicó la mo-

delo— espero que te cuelguen a ti al lado del cuadro...

Marcelo, comprendiendo que la modelo tenía razón, que había de estar terriblemente cansada de posar de amazona, la llevó su vestido y sus zapatos y la ayudó a vestirse. Su cuadro representaba a una mujer montada a caballo... desnuda como una diosa de la mitología. Por eso la modelo no quería dejarse ver de nadie, mientras posaba. Le bastaba con que las generaciones futuras fueran a admirarla colgada de una pared del museo...

La muchacha estaba sentada en una plancha de hierro que hacía las veces de caballo y ¡naturalmente! no era raro que se quejara de la larga permanencia sobre aquel duro asiento que la martirizaba.

—¡Ah!—exclamó con un suspiro de alivio bajando del potro del tormento.

—¿No te importa nada sufrir un poco para ser pintada por el más grande artista de nuestros tiempos?—le preguntó abrazándola.

—Ya es hora de que el *más grande artista* de nuestros tiempos venda alguna pintura y me compre a mí un traje nuevo, zapatitos de raso, una cofia con cintas de seda... y chales y medias finas y joyas...

—Musette, ten paciencia... Ya llegará ese día...

—¡Ya llegará ese día!... ¡Ya llegará ese día!... Siempre dices lo mismo... Pero el único día que llega es... ¡el día del casero! Y no podemos pagar nuestro alquiler, y no podemos comer, y nos van a echar de la casa y nos moriremos en un rincón de la calle, o bajo los puentes del Sena, de hambre y de frío.

—Musette, han llamado a la puerta... ¿Quién será?—dijo Marcelle en voz muy baja.

—Hablando del diablo... por ahí asoma... Estoy segura de que es Durand, el casero.

—¡Imposible!... No debe encontrarte aquí, Musette, ya sabes que no quiere que te pases a mi habitación... Anda, date prisa, ponte tu ropa... corre; sal por la ventana y vete a la habitación de Rodolfo... Yo hablaré con ese ogro...

—Pero... ¿y el cuadro?—murmuró Musette mientras se disponía a salir por la ventana tan estrecha que, gracias a su delgadez, podía pasar por ella sin muchas dificultades.

—No te preocupes, lo cubriré con mi bata... Vete, vete antes de que ese hombre nos descubra.

Musette, ayudada por Marcelo, logró trasponer la ventana y desaparecer bordeando el tejado. Entonces fué Marcelo a abrir la puer-

ta y se enfrentó con Durand, el casero, el que venía constantemente a recordarles que el plazo de pago terminaba y que sin cumplir con el contrato de alojamiento se vería obligado a echarles a la calle. Durand subía a la bohardilla a regañadientes porque sabía que era una ascensión completamente inútil. Sin embargo, subía, se fatigaba en vano, tenía una discusión con cada uno de los amigos, y volvía a bajar casi siempre con las manos vacías aunque se le repartían generosamente discursos elocuentes, frases sonoras, y hasta a veces se le obsequiaba con alguna canción. Durand no se enfadaba demasiado con aquellos bohemios que eran alegres, divertidos, sagaces y que cuando tenían unas monedas se las sabían gastar generosamente. Pero Durand tenía a su mujer, a madame Durand, que era el verdadero ogro de la casa y el pobre hombre no tenía más remedio que someterse a la voluntad suprema de aquella que el Divino Hacedor, en sus inescrutables designios, le había dado por esposa.

Hoy mismo, aunque Durand no tenía intención alguna de subir a la bohardilla a reclamar el alquiler, al llegar a su casa había encontrado a madame Durand discutiendo con otro inquilino, un viejecito inofensivo y dulce que pagaba con regula-

ridad... cuando podía. Se había acercado el viejo a la mampara de cristales tras de la cual se parapetaba aquella hembra bravía y había depositado el dinero sobre el tapete con una actitud sumisa y humilde de vencido:

—Aquí está el alquiler de las tres semanas que le debo, madame Durand—dijo el viejecito.

—¿Tres semanas?... ¡Humm!... ¿No eran cuatro semanas las que tenía que pagar?—preguntó madame Durand mientras contaba con determinimiento la moneda que le había entregado el inquilino.

—No, madame Durand, son sólo tres semanas...

—¡Huum!... Está bien... Es la primera vez que me da usted su cuenta exacta... Parece que empieza usted a aprender a contar a la vejez...

—¡Oh, los años hacen aprender muchas cosas, madame Durand!—suspiró el viejecito—. ¿Oyó usted el ruido de anoche?

—¿Qué ruido?—repitió madame Durand mirando fijamente al viejo.

—El ruido que arman esos muchachos que están en la bohardilla... Estoy seguro de que se hacen el amor.

—Cuando se hace el amor no se hace ruido... Esto es una de las cosas que los años hacen olvidar—re-

plió madame Durand con acritud, mirando al mismo tiempo a su marido que estaba allí, como un pasmarote, con una mirada que hizo temblar al pobre hombre.

—Seguramente estaban borrachos... sí, seguramente—balbuceó Durand; y cogiendo unos pantalones que había sobre una silla y colgándoselos al hombro añadió—: Voy a subir a ver si me pagan el alquiler antes de que se lo beban...

—Es la primera vez en tu vida que piensas una cosa cuerda—dijo madame Durand sentenciosamente, mostrando la poca consideración en que tenía a su marido.

Durand, no queriendo escuchar más, se hundió en la oscuridad de la estrecha escalera y comenzó lentamente la ascensión, parándose en cada rellano para tomar alientos. Vería a ver si cobraba y, al mismo tiempo, entregaría a Rodolfo los pantalones que le había dado para limpiar y repasar.

Cuando llamó a la puerta de Marcelo le pareció escuchar cuchicheo de voces en el interior de la habitación. Atendió mejor, pero no pudo precisar si en realidad eran voces o era sólo el susurro del aire al filtrarse por las rendijas. Esperó. Cuando Marcelo abrió, Durand estaba seguro de que allí había otra

persona además del pintor. Fingiendo enfado le dijo:

—Ya sé que está Musette aquí... He oído su risa... Y usted sabe que esta casa es una casa decente y no consentimos líos.

—Le aseguro a usted, monsieur Durand...

—No asegure nada... He escuchado la voz de Musette... ¿Dónde la ha escondido usted?

—¡Monsieur Durand, no me va a decir usted que duda de mi palabra de caballero!—protestó Marcelo.

Durand no hizo caso de aquella protesta y miró por toda la habitación, tratando de descubrir a la que estaba seguro de encontrar allí. Miró con ojos de experto y no tardó en descubrir unos pies que asomaban por entre las cortinas de la alcoba. Triunfalmente, con unos ojillos que despedían fuego, gritó:

—¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ahí está esa bribona!...

Corrió allá, tiró fuertemente de los pies y cayó al suelo un cuerpo pesadamente, con un ruido sordo... Era un cuerpo que parecía estar sin vida y, de momento, Durand se asustó creyendo que acababa de descubrir un crimen; pero al ver el rostro de Schaunard, sonrió despectivamente... ¡No era un cadáver!... ¡No era la bribona de Musette!...

¡No era más que el borracho de Schaunard!...

El golpe recibido pareció espabilar un poco al que estaba durmiendo profundamente su sueño de beodo. Se removió en el suelo sin lograr aún abrir los ojos.

—¿Qué es ese escándalo que me viene a despertar en medio de la noche, turbando mi apacible y fecundo sueño?... ¡Aaaaah!...—bostezó estrepitosamente.

Se frotó los ojos, se desperezó con gran aparatosidad y por fin se dignó mirar a Durand e incluso reconocerle:

—¡Oh, monsieur Durand!... Estaba precisamente soñando que estaba frente a una gran orquesta dirigiendo mi sinfonía, mi gran sinfonía!... ¡Y es monsieur Durand el que está frente a mí!... ¡Qué horrible despertar!... Perdón... retiro estas palabras y retiro también lo que dije antes del escándalo... ¿Por qué iba yo a insultar a un inocente animalito?...

—¿Animal?... ¿Me ha llamado animal?—preguntó Durand sintiendo la ofensa—. Bueno, ya que me cree un animal, págume la renta del cuarto.

—¡Mi querido Durand! —dijo Marcelo fingiéndose muy atareado en quién sabe qué cosas que no tenía que hacer—, el plazo de la renta

termina hoy a las 12 en punto... Ahora he decidido vivir con método, sistemáticamente siempre... lo he decidido hace unos momentos, y hasta las doce en punto no estoy dispuesto a pagar mi renta.

—Está bien, volveré a las doce.

—¡Al sonar la primera campanada!—exclamó Marcelo, empujando suavemente a Durand y cerrando la puerta tras él.

Durand se rascó la cabeza, no creyendo mucho en aquella verdad; hasta que no tuviera el dinero en el bolsillo... de madame Durand, no empezaría a creer en ella; pero como no era cuestión de indisponerse con aquellos buenos muchachos que cuando tenían dinero le convidaban a un buen trago y que le trataban siempre con consideración y respeto —Durand había olvidado ya que Schaunard acababa de llamarle animalito—, decidió ir a llamar a la puerta de Rodolfo. Quizá tuviera más suerte con la poesía que con la pintura y la música. Durand pensaba, con razón, que las artes no le eran propicias.

Rodolfo se había despertado aquella mañana con ansia de trabajar. Pero la musa se le resistía. Sentado ante su mesa de trabajo —mesa que le servía de cama todas las noches porque la suya la había quemado en la chimenea para huír de

los rigores del frío invernal— se devanaba en vano los sesos en busca del consonante que no quería acudir. Había afilado la pluma tantas veces que apenas quedaba nada de ella y Rodolfo creía que era la pluma a la que debía su mala suerte. Se paseó a lo largo de la habitación —cinco pasos mal contados de sus largas piernas— y había vuelto a sentarse ante su mesa de trabajo, pero el consonante no venía.

Estaba desesperado. Con la cabeza apoyada sobre su mano, clamaba a las musas para que vinieran a ayudarle, pero las musas no quisieron escuchar su grito de angustia. En cambio fué Musette la que llamó desde la ventana:

—¡Eh, tú, poeta!...

Rodolfo levantó la cabeza y vió a la gentil Musette que trataba en vano de saltar por la ventana. Estaba colocada de tal modo en el techo de pizarra que se le hacía difícil a la muchacha trasponerla y buscaba la ayuda de Rodolfo. Pero el poeta estaba ausente en el país de la fantasía y no se dió cuenta de la situación apurada de Musette. Por esto exclamó al verla:

—¡Ah, bienvenida a mi hogar, mi dulce musa!...

—¡Déjate de tonterías y ven a ayudarme!—replicó Musette.

Rodolfo se levantó y Musette soltó una carcajada al verle envuelto en una sábana. Parecía un fantasma que se hubiera puesto americana, porque la sábana envolvía únicamente las piernas de Rodolfo.

—¿Qué has hecho de tus pantalones?—preguntó Musette.

—Los tiene Durand—replicó Rodolfo señalando hacia abajo, en dirección a la portería—. ¿Y tú por qué entras por la ventana?

—Por Durand...—dijo Musette señalando al cuarto vecino.

Rodolfo se acercó a Musette y la ayudó a bajar de la ventana, cogiéndola en sus brazos.

—Ayúdame a encontrar el consonante, Musette... Hoy las musas no me son favorables...

—¡Ni hoy ni nunca!... ¡Las musas!... ¡Vas a escribir tú tu drama en verso cuando Marcelo haya pintado su cuadro para el Louvre!—dijo Musette con ironía, pero sin intención de hacer daño al artista.

—Musette, ten confianza en nosotros... ¡Triunfaremos!... ¡La gloria será nuestra!...

—Pero entretanto... el casero viene a reclamar la renta—añadió Musette escuchando la llamada de Durand en la puerta de Rodolfo.

—¿Tú crees que es él?

—No hay duda...—dijo Musette corriendo a esconderse en la alcoba.

Rodolfo abrió la puerta gallardamente y saludó con entusiasmo a Durand:

—¡Oh, pase, pase, mi querido monsieur Durand!... ¡Buenos días!

—Buenos días... Venía a...

—¡Mi querido monsieur Durand!... ¡Qué amable es usted de tomarse la molestia de subir aquí únicamente para traer mis pantalones!—le interrumpió Rodolfo dispuesto a no dejarle decir el motivo de su verdadera visita—. Precisamente tengo hora dada por mi editor para esta mañana y necesitaba los pantalones... Ya estoy en retardo... No puedo entretenerme, mi querido monsieur Durand... Gracias por mis pantalones...

Durand no le entregó los pantalones, los defendió con ambas manos y le dijo:

—Vamos a cuentas, mi querido Rodolfo... Dos francos cincuenta por el lavado y repasado...

—¡Es verdad, es verdad!... No había yo caído en la cuenta de ese pequeño detalle... Además es un precio muy razonable, muy razonable...

—¿Y del alquiler, se acuerda usted también?

—¡Mi querido monsieur Durand!... Estaba seguro de que me hablaría usted de eso, estaba seguro... Pero, confidencialmente le di-

ré, mi querido monsieur Durand, que mi editor quiere darme un gran anticipo para obtener la concesión de la edición completa de mis obras... Me está esperando ahora para cerrar el contrato y entregarme el dinero. Para poder ir a verle, necesito mis pantalones; pero usted parece no estar muy bien dispuesto para entregármelos... Para poder pagarle a usted, necesito que el editor me dé mi dinero, lo cual sólo conseguiré si usted me da los pantalones...

—Si no paga no hay pantalones —replicó Durand, que no parecía dejarse convencer por la lógica viva de Rodolfo.

—¡Oh, monsieur Durand, me decepciona usted!... Siempre había creído que era usted hombre muy inteligente...

—Si no paga no hay pantalones —repitió de nuevo Durand, saliendo con mucha altivez y llevándose consigo los pantalones de Rodolfo.

Rodolfo se asomó a la puerta para dar un tierno adiós a sus pantalones, y vió como Durand tropezaba con Colline que subía distraído la escalera leyendo un libro de filosofía, uno de aquellos centenares de libros de filosofía que compraba en los puestos de orillas del Sena y volvía a vender en ellos, ganando casi siempre en la transacción, por-

que Colline era buen comerciante, además de filósofo.

—Monsieur Colline, la renta—le dijo Durand aprovechando la ocasión y mostrándole el recibo.

—¡Ah, sí! —murmuró Colline completamente abstraído continuando su camino sin hacer caso de Durand.

—Son cuarenta y cinco francos, monsieur Colline—replicó Durand deteniéndole, porque no quería presentarse ante su mujer con las manos vacías.

—¡Ah, sí, sí!... ¡Ya entiendo!—exclamó Colline.

Y con calma, como si ejecutara un acto concienzudo, escribió en una hoja de su cuaderno: "*VALE POR CIENTO FRANCOS*", y se la entregó a Durand, que miró con sorpresa aquello y gritó ya exasperado por la audacia de aquellos bohemios que siempre encontraban subterfugios para no pagar:

—¿Quiere usted volverme loco?

—Mi querido señor Durand, nunca he pretendido superar la obra del Omnipotente—contestó Colline sentenciosamente, dándole un pequeño empujón y siguiendo su interrumpido camino.

Marcelo y Rodolfo, que se habían asomado a la puerta de sus respectivas habitaciones, soltaron una estruendosa carcajada, celebrando la

afortunada frase de Colline, mientras el pobre Durand exclamaba:

—¡Bah!... ¡Ustedes son los locos!... Ya saben lo que ordena el contrato de alquiler: o pagan antes de las doce o serán puestos de patitas en la calle...

—¡Oh, mi querido monsieur Durand!... Eso es una frase demasiado vulgar para salir de los labios de un hombre tan encantador como usted —le dijo Colline dándole un fuerte empujón que hizo brincar rápidamente algunos peldaños a Durand.

—¡Eh, no se vaya a romper la cabeza por esa bendita escalera de Dios!—le gritó Colline.

Musette había salido de su escondite al oír todo aquel escándalo, se encaró con los tres hombres y les increpó severamente:

—¿Por qué os complacéis en molestarle con bromas tan pesadas?... ¡Nos va a echar a la calle!

—¿A quién puede importar eso? —replicó despectivamente Schau-nard, que se había reunido a ellos.

—A ti quizá no te importa, pero a mí sí... Es preciso pensar qué es lo que vamos a hacer para salir del apuro... Ninguno tenemos dinero y hay que ganarlo, sea como sea. ¿Qué podríamos hacer?—preguntó Musette seriamente preocupada.

—Empeñar algo...—sugirió Colline como si aquello fuera una idea nueva.

—¿Empeñar qué? — preguntó Rodolfo mostrando su destartada habitación y la indumentaria que todos ellos llevaban.

—Podríamos pedir prestado... — añadió Schaunard, dando una idea que tampoco era nueva.

—¿A quién? — preguntó Marcelo que no veía medio de que nadie les fiara ni por valor de cinco céntimos, porque su crédito estaba extinguido en todas partes.

—¡Yo tengo una buena idea! — exclamó Musette—. ¿Qué me decís, si decidierais trabajar un poco?

—¡Pobre muchacha, delira! — suspiró Schaunard que por un instante había creído a Musette capaz de tener una idea luminosa que les sacara de aquel momentáneo apuro.

Los bohemios se miraron consternados unos a otros. Sus medios de acción eran muy escasos, limitadísimas sus posibilidades. Y si no lograban pagar al casero tendrían que ir a dormir bajo los puentes. Esta idea no era demasiado sugestiva para aquellos que se creían llevar sobre ellos la inmortalidad de la fama.

—Si por lo menos tuviera yo mis pantalones... — murmuró Rodolfo mostrando el mantel que cubría sus piernas—. Iría a ver a Lamotte y le pediría que me diera algo para copiarle. Pero desgraciadamente ese Durand ha sido inflexible...

Espontáneamente, como movidos por un mismo impulso, Marcelo y Colline comenzaron a desabrocharse los pantalones decididos a prestárselos a Marcelo para que pudiera ir en busca de trabajo, del único trabajo que por el momento podía presentarse a aquel gran poeta inmortal que eclipsaría a los más famosos poetas latinos y griegos. Los dos a un tiempo también se detuvieron en la tarea y miraron avergonzados a Musette.

—¡Musette! — exclamó Marcelo mostrándole la puerta.

La muchacha, que ya no tenía de qué asustarse, porque llevaba tiempo viviendo la vida de bohemia de aquellos muchachos, soltó una fresca y franca carcajada y se retiró discretamente, después de haber dado una mirada llena de picardía a aquellos dos hombres recatados, que bajaron los ojos como si fueran reos de una imperdonable culpa.

* * *

Afortunadamente para Rodolfo, Marcelo tenía aproximadamente su estatura y tamaño. El pantalón que le prestó no le estaba mal del todo y podía pasar muy bien por suyo. Acicalado tanto como podía estarlo con su raída chaqueta, su corbata deshilachada, su chambergo de anchas alas y de un color hartamente pasado que denotaba las lluvias y soles que habían pasado por él, y con el alma llena de ilusiones juveniles y de esperanzas en un futuro que había de ser espléndido si en él se realizaban todos los fogosos sueños del poeta, se encaminó Rodolfo a casa de monsieur de Lamotte, un artista muy conocido, empresario además de un teatro y que le daba de vez en cuando trabajos de copia al futuro inmortal poeta.

Llamó con decisión. Rodolfo sabía que a la casa de los grandes no se puede llegar con aire demasiado humilde, porque entonces no

se da acceso a ellas, sino que se ha de entrar con decisión y valentía, demostrando dispensar un favor a aquel a quien se va a mendigar.

—Deseo hablar con monsieur Lamotte, del Teatro Nacional — dijo a la criadita que salió a abrirle—. ¿Está en casa?

La doncella titubeó, miró al visitante, queriendo averiguar qué clase de visita era aquella y qué era lo que debía contestarle, y murmuró un poco azorada:

—No sé... voy a ver...

—El señor de Lamotte me espera.

—¡Ah, si es así, pase, pase usted! — dijo la doncellita sonriendo y sintiéndose ya a cubierto de toda responsabilidad ante aquella explicación.

Rodolfo siguió los pasos de la doncella hasta un pequeño salón y entonces la criadita se acercó a la puerta que debía comunicar con el

dormitorio de los señores... Pero unas voces alteradas la detuvieron un momento.

—¡Huuuum!... No son más que una manada de pavos... — decía con desprecio una voz fina de mujer.

—¡Eso es mentira! — replicó con ira la voz del varón.

—¿Cómo puedes llamar embuster a una dama? — preguntó con altiva arrogancia la voz femenina.

—¿Y cómo puedes darte tú el nombre de dama? — replicó la voz del hombre con mordaz ironía.

Se oyó el ruido de un objeto que, arrojado al aire, caía al suelo haciéndose trizas. La doncellita miró turbada y confusa al visitante, sonrió sin ganas de sonreír y murmuró sintiendo que un rojo vivo le coloreaba las mejillas:

—Creo que el señor y la señora sostienen una conversación íntima, y que no es conveniente entrar e interrumpirles.

—Pero es que vengo para un asunto muy urgente — insistió Rodolfo que se acordaba del casero, de sus amigos, de Musette y de la confianza que todos habían puesto en él.

La muchachita se decidió y dió unos leves golpes en la puerta. Fué el mismo Lamotte quien abrió, y

por la puerta entreabierta pudo Rodolfo ver a la señora de la casa, sentada en la cama, tomando tranquilamente su desayuno.

—Le... le ruego que me disculpe por mi intromisión, monsieur de Lamotte — dijo Rodolfo sintiéndose más confuso que si fuera él el culpable del altercado familiar.

—Un momento, un momento, en seguida estoy con usted — dijo Lamotte, entrando de nuevo en la habitación y volviendo a cerrar la puerta. Pero, a pesar de esta precaución, llegaban distintamente las voces hasta Rodolfo.

—Como no soy una dama — decía la voz de la encantadora mujer que Rodolfo había vislumbrado a través de la puerta — puedo decirte la verdad sin ambages: ¡Estoy harta de ti! ¡No puedo soportarte más!...

—Sssssh... — suplicó Lamotte, en atención al visitante que estaba al otro lado de la puerta.

—Estoy harta de tus fanfarronadas, de tu pose, de tus pretensiones, de tu vanidad...

—Sssssh — suplicó de nuevo Lamotte, lamentando vivamente que aquel altercado íntimo trascendiera hasta un desconocido.

—Estoy harta de ti y de todo

lo tuyo... harta... harta... harta... ¿Me has entendido?

—Sssssh, que hay alguien ahí fuera, Mimí.

—¡Qué me importa!... Se me ha enfriado el café por culpa tuya... ¡Eres un ser aborrecible!... ¿No te has dado cuenta nunca de que tienes un hombro mucho más alto que otro? ¡Y aun presumes de tipo!...

Rodolfo adivinó que Lamotte había ido ante el espejo a comprobar lo que Mimí le acababa de decir, porque escuchó la fresca risa de ésta, una risa larga y mortificante, y luego sus palabras:

—¡Perfecto!... ¡Un Adonis!... ¡Un perfecto caballero!...

—¡Sí, lo soy! — gritó Lamotte, sin acordarse ya de guardar las formas en gracia al que escuchaba desde la pequeña salita—. Soy un perfecto caballero y mi única equivocación fué recogerte a ti del arroyo.

Mimí dió un grito de furia y debió saltar de la cama súbitamente, porque se oyó rodar por el suelo cucharillas, platos, vasos, todo.

—¡Mentira!... ¡Mentira!... ¡Eso es una mentira! — gritó la pequeña con una voz vibrante de ira—. Yo soy una artista, tan artista como tú. ¡Más artista que tú!

—Una artista... que cantaba en un café de los barrios bajos... —

dijo con desdén Lamotte, queriendo ofender con sus palabras a la pequeña Mimí—. Y haz el favor de no romper cosas que no te pertenecen... Todo lo que hay en esta casa está comprado por mí y es de mi propiedad.

Se volvió a escuchar la risa de Mimí, una risa que sonaba ahora a nervios y a histerismo y luego un prolongado silencio que rompió la voz de Lamotte:

—¿Qué haces?... ¿Tu equipaje?

—¡Oh, no!... — replicó Mimí con calma—. Sólo recojo lo que *me pertenece*... para ir a dar un paseo por el Bosque.

—¿Quieres decir que?...

—¿Que me marchó?... Sí, me marchó, ya puedo decírtelo. ¡Me marchó!... A cualquier parte, no importa dónde, a cualquier parte donde pueda respirar libremente — dijo la mujercita con ímpetu.

—Pero, Mimí... — suplicó Lamotte que sin duda ya estaba arrepentido de la dureza con que acababa de tratarla.

—¡Oh, estoy harta de todo!... He soportado demasiado de ti... ¿Te imaginabas que con una cama vieja, dos mesas y una cómoda me ibas a comprar para toda la vida?

Rodolfo, que encontraba suma-

mente interesante la conversación que escuchaba tras de la cerrada puerta, comenzó a tomar notas. Acaso aquello pudiera servirle para un hondo drama sentimental, rimado por la inteligencia privilegiada de su mente de poeta. Se acercó más a la puerta y siguió escuchando con atención, sin dejar de escribir en su libro de notas, con febril diligencia para que no se le escapara ni una sola palabra.

—Lo único que compraste fué el piano... y no lo compraste para mí, sino para poder poner sobre él todas tus fotografías y adorar tu propia imagen en todas las posturas... — siguió diciendo Mimí—. Abandono unas miserables cosas materiales al abandonarte, pero recupero algo que no se puede comprar con nada: recupero mi libertad, mi dicha... Ni por todo el dinero del mundo seguiría aquí una hora más, escuchándote repetir una y mil veces que tú eres el mejor actor del mundo... ¿Quién te hubiera soportado tanto tiempo el continuo incienso que arrojas sobre ti mismo? ¿Quién te hubiera ido todas las noches a verte representar?... ¡Nadie hubiera soportado semejante suplicio!

—Mimí, por favor — suplicó con acento dolido la voz de Lamotte.

—Ahora, la próxima vez que vaya a verte, será pagando mi puesto y, si no me gustas, podré silbarte a mi placer.

—¡Mimí! — exclamó Lamotte.

Pero ya Mimí había reunido lo poco que era de su propiedad y salió al saloncito a recoger algunas cosas que en él había y que también le pertenecían. Al salir tropezó con Rodolfo, que no estaba prevenido a aquella súbita aparición, y, sin fijarse apenas en él, murmuró levemente:

—Perdone.

Rodolfo la saludó con un saludo cumplido de caballero, pero se colocó en mal sitio, porque era precisamente allí donde Mimí se encaminaba a recoger lo que en el bureau tenía y tropezaron de nuevo los dos. Mimí repitió, como automáticamente:

—Perdone.

Y Rodolfo volvió a saludar.

Mimí recogió cuanto en el bureau había suyo y luego se acercó a la consola en la que Rodolfo se había recostado mirando a aquella criatura encantadora que se movía de un lado para otro sin sentirse cohibida por la presencia de un extraño. No tuvo tiempo Rodolfo de separarse de su puesto y Mimí, que iba directa a su objeto y que no hacía caso de Rodolfo más del que

: : : : : M I M I : : : : :

hacía de las sillas que le estorbaban a su paso y a las que apartaba con un gesto enérgico, tropezó otra vez con él y murmuró su excusa:

—Perdone.

Pero aquella vez Rodolfo no pudo saludar, porque el encuentro había sido más fuerte que los anteriores y había ido a caer en una silla donde quedó anonadado, mirando a Mimí que por primera vez le miró y le sonrió con una simpática sonrisa. Rodolfo sonrió también y los dos soltaron una franca carcajada.

Pero de pronto la expresión del rostro de Mimí cambió, puso unos ojos de espanto y exclamó con un gesto de enfado:

—¡Oh, mi sombrero, mi sombrero!...

—¿Eh?... — preguntó Rodolfo, que no comprendía la exclamación.

—¡Se ha sentado usted encima de mi sombrero! — exclamó Mimí.

—¡Oh, perdone! — murmuró Rodolfo poniéndose en pie como si le hubiera picado una víbora y, tomando en sus manos el pequeño sombrero de Mimí, procuró ahuecarlo con cuidado. Mimí acudió también a arreglar los desperfectos causados y, sin querer, sus manos se encontraron con las de Ro-

dolfo. Hubo un leve temblor en ambas manos y las miradas se cruzaron como en una interrogación que quedó sin respuesta, porque Lamotte entraba en el salón en busca de su Mimí y, acercándose a ella, le dijo en un tono que nada tenía de semejante al que había empleado cuando estaban solos:

—Mi querida Mimí, si insistes en salir de casa esta mañana...

—Déjame que acabe de discutir si me dejo aún algo que sea mío en esta casa... — replicó Mimí dando una larga y significativa mirada a Rodolfo.

Lamotte comprendió que ya nada podía hacer por Mimí. Se volvió a Rodolfo y le preguntó sin querer dar importancia ninguna a las palabras que la mujercita acababa de decirle:

—¿Qué es lo que desea de mí, caballero?

—No... no sabía que... que usted... que usted tuviera relaciones... — murmuró Rodolfo balbuceando sus palabras porque la presencia de Mimí le quitaba todo valor.

—Pues ya no las tiene—subrayó Mimí saludando graciosamente—: ¡Hasta la vista!...

Rodolfo vió como Mimí se alejaba y sintió deseos de seguirla. Ya no se acordaba del objeto de su visita. Ya había olvidado que sus

amigos confiaban en él. Unos ojos bonitos de mujer le habían mirado, le habían invitado, le habían mostrado un jirón de paraíso y para el poeta ya no podía haber en el mundo más que aquellos bellos ojos de mujer.

—Bien... ¿pero qué quería de mí? — insistió Lamotte mirando con recelo al muchacho.

—¡Oh, nada, nada importante!... No quiero molestarle ahora... Quizá otro día...

—¿Por que no ahora mismo?

— preguntó Lamotte con más desconfianza aún.

—Porque... porque pensé que ahora está usted trastornado.

—¿Trastornado?... ¿Trastornado yo? — preguntó Lamotte mirando con burla a Rodolfo—. ¡Oh, no, no!... ¿Por ella? ¡Ya volverá!... ¡Siempre acaba volviendo!...

Mimí se encogió de hombros y, sin decir palabra, salió de la habitación. Rodolfo, turbado, saludó a Lamotte y salió tras ella.

* * *

Mimí volvió a su arte. Aquella misma noche encontró un cafetín en el que no le negaron puesto para que cantara y recogiera lo que la clientela quisiera darle. Era un café del Barrio Latino, un café miserable y sórdido en donde se reunía la bohemia a beber, a jugar, a hacer descabellados proyectos para el futuro y a soñar en la gloria, en la ansiada gloria que muy pocos de ellos lograban alcanzar.

Desde la pequeña plataforma Mimí quería hacerse oír del público. Pero había un ruido infernal en torno a las mesas y su voccita quedaba apagada en el estrépito de las conversaciones, de las discusiones y de las riñas.

—Señoras y caballeros, voy a cantar ahora "Amemos siempre", la canción más bella de todo mi repertorio.

Algunos, muy pocos, oyeron

... : : M I M I : : : : :

aquellas palabras, y Mimí dió unos golpecitos en el suelo con su piecito, impacientándose al ver el poco caso que el público le hacía.

En una de las mesas estaban Schaunard, Marcelo, Colline, Musette, charlando tan amigablemente que ni siquiera se habían dado cuenta de que en el tablado había una artista. Cuando Mimí alzó su voz por encima de todas las demás, se hizo un silencio, pero Schaunard, que estaba hablando con entusiasmo de su talento de compositor, siguió diciendo a gritos:

—Yo os aseguro que todos, todos sin excepción, son unos plagiarios. Dentro de cincuenta años estarán todos más olvidados que un rebaño de corderos muertos... ¡Todos!... ¡Listz, Beethoven, Mozart... todos!

—¡Sólo Schaunard vivirá eternamente prendido en las armonías de su música! —replicó Colline con grandilocuencia, siguiendo la vena de Schaunard.

—Caballero, caballero —llamó Mimí desde el tablado—. Haga el favor...

—Sí, seré inmortal —siguió diciendo Schaunard sin hacer caso alguno a la llamada de Mimí—. ¡Esperad a que mi sinfonía esté terminada, y entonces veréis si soy artista o no!...

—Caballero... caballero... —llamó de nuevo Mimí, haciendo señas en dirección a la mesa en donde estaban los amigos.

—¿Me llama a mí? —preguntó Colline a la bella chiquilla que hacía aquellos gestos.

—No... a ese tan alto que lleva el sombrero de tres varas... a ese que está haciendo más ruido que un toro.

—¿Se refiere a mí? —preguntó Schaunard poniéndose en pie y saludando rendidamente a la bella—. ¿Qué es lo que desea la encantadora cantatriz de su más humilde siervo?

—Que mi humilde siervo deje de armar ese formidable escándalo y me deje cantar.

—Mi querida señorita, le suplico que me perdone por mis rugidos... Música, maestro, música, para que podamos escuchar la armoniosa voz de esa encantadora criatura.

El maestro —un mal pianista —aporreó el teclado arrancándole sonos inarmónicos, y Mimí comenzó a cantar su canción:

"Claro de luna mágico en torno; sobre nuestras cabezas un cielo de zafir. De pronto el resplandor ardiente del primer beso que viene a abrir paso al amor. ¡Amemos siempre! Amemos en la alegría y

en la tristeza, en el dolor y en la incertidumbre. ¡Amemos siempre! Si el amor sale a vuestro paso no le digáis jamás "no". Responded a su llamada, abridle el corazón, dadle la bienvenida con alegría loca. ¡Amemos siempre!... ¡No dejemos escapar al amor!"

Terminada la cancioncita, de armonías suaves y cadenciosas, el público aplaudió con entusiasmo a la que la había cantado con gusto exquisito. Mimí bajó del tablado y fué recorriendo todas las mesas en busca de la recompensa de su arte. Caían abundantes monedas, monedas de cobre humildes y oscuras como las que las daban, pero no por eso menos estimadas de la pequeña artista, e iba ésta acercándose a cada uno de los clientes con la sonrisa en los labios, para captarse más la simpatía de los que habían de pagarle su trabajo.

Al llegar frente a Schaunard le dijo con desenfado y con naturalidad:

—Espero que no le han ofendido mis palabras...

—Ha tenido usted toda la razón —interrumpió Musette sin esperar a que Schaunard contestara—. Es un toro verdadero y estaba lanzando horribles bufidos... No se disculpe con él. Está disculpada de antemano.

Mimí sonrió con una dulce sonrisa y tendió a Marcelo su mano pidiendo la recompensa de su canción. Marcelo se metió la mano en el bolsillo, buscó, rebuscó con ansiedad, aunque bien sabía que no había de hallar en él ni un céntimo, que casi el bolsillo se había olvidado ya de la forma que tienen las monedas, ¡tanto era el tiempo que hacía que no llevaba ni una dentro de su bolsa!

—Lo siento mucho... Precisamente hoy... no tengo nada para ofrecerle.

—No importa... no se preocupe —replicó Mimí que conocía bien las penurias de los bohemios. ¿No pertenecía ella acaso a aquella misma clase? Y siguió el turno alargando su mano a Colline que vaciló, balbuceó, sonrió, presentó sus excusas con galantería y por fin pudo decirle entre sus balbuceos:

—Yo... lo siento... no sé... precisamente hoy... ¿Quiere usted un vaso de vino?

Mimí le dió una mirada de agradecimiento y tomó el vaso que Colline le ofrecía.

—¿No se sienta usted? —volvió a preguntar Colline fascinado por la gentil belleza de la pequeña cantante.

—No puedo... tengo que reco-

: : : M I M I : : : : : :

ger el dinero que quieran darme... Volveré luego.

—Quisiera preguntarle algunas cosas acerca de su bellísima canción.

—Volveré luego —añadió Mimí siguiendo su peregrinación a través de las mesas.

Cumplió su promesa. Cuando hubo recogido la limosna que aquellas buenas gentes quisieron o pudieron darle Mimí volvió a la mesa donde estaban los amigos. Le habían simpatizado. Sentía confianza por Musette, aquella pizpireta muchacha tan graciosa y tan bonita y le inspiraban simpatía Schaunard, con su gran sombrero de copa, Colline, con su aire de filósofo miserable y Marcelo, con su cabellera de artista. Mimí les dijo con naturalidad que no sabía dónde ir a dormir aquella noche, que se había marchado de casa de un amante rico, o que se creía rico, porque siempre le echaba en cara que todo se lo debía a él y que, con el poco dinero recogido en el cafetín, no tenía apenas más que para pagarse una cena muy frugal.

—Si no te importa, te podrías venir a mi habitación —le ofreció Musette con natural generosidad, hablando ya de tú a aquella mu-

chacha a la que le parecía conocer de toda la vida.

—¡Importarme! ¡Sería encantador!

—Pues trato cerrado. Te vienes conmigo hasta que... hasta que encuentres una cosa mejor —dijo Musette, mirando con picardía a Colline, porque había adivinado que el filósofo se estaba enamorando de Mimí y pronto se la llevaría a su propia habitación, si la chiquilla consentía en ello.

El café estaba ya solitario, casi iba amanecer ya. Los reverberos despedían una luz débil, como fatigada de haber alumbrado toda la noche. El camarero, que esperaba se marchara la poca clientela que allí quedaba, para irse a dormir, se acercó a la mesa de los bohemios y les preguntó cortésmente:

—¿Desean algo más los señores?

—Sí... ¡fama! —exclamó Schaunard poniéndose en pie, porque había comprendido la indirecta; e iniciando la retirada—: Ya nos vamos, ya le dejamos en paz, pero no olvide usted, cuando sea viejo, que en su juventud tuvo el alto honor de hablar con Schaunard, el inmortal.

Salieron y se dirigieron a su casa que no estaba lejos de aquella calleja. Subieron lentamente la es-

calera y cuando ya iban a llegar, Mimí, que estaba sin alientos, preguntó.

—¿Falta mucho?

—No, estamos ya muy cerca de nuestro paraíso. Entraremos en el estudio de Marcelo antes de retirarnos a nuestros respectivos palacios.

—¿Me permites que vaya a dejar a tu cuarto mis bábulos? — preguntó Mimí a Musette mostrándole la caja en donde llevaba todo su escasísimo equipaje.

—Sí, toma, aquí está la llave y llévate también la vela. No tienes más que subir este último tramo. Es la puerta de la izquierda.

Mimí subió y los demás desaparecieron tras la puerta del cuarto de Marcelo. Al llegar Mimí frente a la puerta del cuarto de Rodolfo le llamó la atención una voz que sabía de él y que repetía las mismas palabras que aquella mañana había dicho ella al presuntuoso Lamotte:

—¡Has creído que vas a comprar mi libertad con una cama vieja, dos mesas y una cómoda! — decía la voz que sorprendió a Mimí—. No ganaba mucho dinero en mi arte, pero llevaba una vida honesta hasta que te conocí a ti... ¿Para qué te empeñaste en que aceptara tus regalos si luego me lo

habías de echar en cara constantemente?

Mimí, admirada de escuchar aquellas palabras, miró por el ojo de la llave, pero no logró distinguir quién era el que hablaba de aquella forma, repitiendo sus mismas palabras. Una ráfaga de aire apagó su vela. Mimí, tanteando en lo oscuro para encontrar su camino, tropezó contra la puerta del cuarto de Rodolfo y éste, creyendo que alguien había llamado, abrió llevando en la mano la vela que alumbraba apenas aquel oscuro desván.

—¡Mimí! — exclamó Rodolfo reconociendo a la bella criatura que había conocido en casa de Lamotte.

—¡Usted! — exclamó también Mimí mirando con asombro a Rodolfo.

—¿Cómo ha sabido llegar hasta aquí? — preguntó Rodolfo, creyendo que venía buscándole a él.

—Ni siquiera sabía que vivía usted en esta casa.

—Entonces... no comprendo...

—¡Para qué preocuparse! La vida tiene sorpresas así... y hay que agradecerse cuando son tan agradables como esta —dijo Mimí sonriendo con aquella sonrisa dul-

ce que era la mejor gala de su expresión.

—Tiene razón... Pero pase, pase y le daré otra vela. No puede caminar a oscuras por esa endiablada escalera.

—Pero... ¿con quién estaba hablando usted hace unos instantes? —preguntó Mimí, preocupada por las palabras que había oído a través de la puerta.

—Con usted —replicó Rodolfo mirando con pasión a la muchacha.

—¿Conmigo?... Ahora soy yo la que no comprende.

—¡Para qué preocuparse! —exclamó Rodolfo. Y una nueva ráfaga de aire apagó la luz que él llevaba en la mano.

—Venga, venga conmigo —dijo Rodolfo tomando de la mano a la pequeña Mimí y guiándole los pasos en la oscuridad—. Voy a coger fósforos. En este desván siempre hay corrientes de aire semejantes... sobre todo en invierno, cuando no hace ninguna falta.

Caminaron los dos a tientas por la habitación. Rodolfo, que conocía bien su reino, se acercó a la mesa donde tenía la caja de cerillas, pero al ir a alcanzarla oyó que algo caía al suelo y escuchó la voz de Mimí que decía apenada:

—¡Oh, se me ha caído la llave!

—Y yo no tengo fósforos... —replicó Rodolfo guardando la caja en el bolsillo, porque sabía que la obscuridad era la mejor cómplice del amor.

—Pero es preciso que encuentre la llave.

—Yo la ayudaré.

Se arrodillaron los dos en el suelo y sus manos tanteaban a ciegas, buscando la llave, pero fueron las manos las que se encontraron y Rodolfo cogió entre las suyas la manita helada de Mimí que tembló un poco al sentirse prisionera.

—¿Cómo quiere que encuentre la llave si me retiene la mano? —murmuró Mimí, casi al oído de Rodolfo.

—¿Y cómo puedo yo darme cuenta de que es usted un ser real, si no tengo entre las mías sus manos? —replicó Rodolfo, acercándose más a Mimí.

Hizo ella un ligero movimiento de retroceso, y dijo en voz muy baja:

—Hemos de buscar la llave...

—Espere, espere un momento. Afortunadamente es noche de luna y aquí, la luna, es nuestra más próxima vecina... No tardará en iluminar toda la habitación... Espere...

—No sé si hago bien en esperar, señor... ¿Señor qué?

—Rodolfo.

—¡Ah! ¿usted es el poeta que escribe versos tan maravillosos?

—¿Ha oído hablar de mí? —preguntó Rodolfo envanecido por la exclamación de Mimí.

—¡Naturalmente! Musette me ha contado que tenía usted una caligrafía preciosa —respondió Mimí sin darse cuenta del daño y de la decepción que causaban en Rodolfo sus palabras.

—¡Oh!... Estoy seguro de que llegaré a ser un gran escritor. Voy a escribir un drama que será admirado por las generaciones futuras...

—¿Y cuándo comenzará a escribirlo?

—El día que tú me des el primer beso... —murmuró Rodolfo, queriendo abrazar a Mimí.

Pero la luna indiscreta asomó por la ventana para descubrir la iniciación de un amor y Mimí, so-

bresaltada, se apartó un poco, descubrió la llave en el suelo, la recogió, y toda confusa, se encaminó a la puerta, murmurando:

—Sería una pena robar al mundo una obra maestra semejante, Rodolfo...

Comprendió Rodolfo la alusión, se acercó a Mimí, la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente en los labios.

Una hora después subía Musette a su habitación, extrañada de que Mimí no hubiera bajado a buscarla. Encontró la puerta cerrada y llamó repetidamente:

—¡Mimí!... ¡Mimí!...

Luego vió la llave colgada de la puerta del cuarto de Rodolfo, comprendió lo que había sucedido, sonrió, silbó alegremente, recogió su llave y se fué a dormir, procurando no hacer ruido para no molestar a los amantes.

* * *

A la mañana siguiente Rodolfo, después de haber hecho el trabajo que Lamotte le confiara, pues había vuelto a su casa para conseguirlo, se dispuso a llevárselo. Ahora era preciso trabajar firmemente, porque ya no se trataba de ganar la vida para él solo, sino que era preciso rodear a Mimí, a la deliciosa Mimí, de todo el regalo y de todas las comodidades posibles. Llegó a casa de Lamotte y esperó en el salón, en aquel mismo saloncito donde conociera a Mimí hacía veinticuatro horas y en donde había escuchado la conversación de ésta con aquel hombre egoísta y avaro.

—Buenos días, señor Lamotte—dijo Rodolfo al ver aparecer al actor.

—¡Ssssssh! —dijo éste poniéndose un dedo en los labios—. No hable tan alto, que la va a despertar.

—¡Ah!... ¿A despertar a quién?

—preguntó Rodolfo con cara asombrada.

—A ella —contestó Lamotte con aire misterioso—. No sé si se acordará de aquella chiquilla que ayer me hizo una escena desagradable... Ha vuelto, ¿sabe? Siempre vuelve... Anoche me suplicó con lágrimas en los ojos que la perdonara.

—¿De veras? —preguntó Rodolfo con un aire muy inocente y muy asombrado.

—Sí... Y yo la tomé otra vez. ¿Qué quería que hiciese? ¿Pegarle? ¿Dejarla en medio del arroyo?... ¡Claro que podía haber hecho eso, pero tengo demasiado buen corazón!

—¡Muy buen corazón! —murmuró Rodolfo con ironía.

—Por eso la vuelve usted a encontrar aquí...

—Monsieur de Lamotte, ¿usted cree en los milagros? —preguntó Rodolfo mirando muy seriamente a su interlocutor.

—¿En los milagros?...

—Sí, en los milagros... porque

esta noche ha ocurrido un gran milagro en París. La misma mujer que está ahí durmiendo ha estado también en otra parte toda la noche... ¿Qué piensa usted de eso, monsieur de Lamotte?

El actor se sintió humillado y confuso al escuchar aquellas palabras de Rodolfo, comprendiendo que Mimí se había marchado con aquel escritor famélico, desdenando el bienestar que tenía en su casa para ir a compartir la miseria del joven. Se apresuró, pues, a pagarle lo que le debía y le despidió precipitadamente.

Rodolfo se gastó pomposamente lo que acababa de cobrar. Quería sorprender a Mimí y recompensarle la ternura y el cariño que en ella había encontrado. Subió a brincos la escalera y, antes de llamar, miró por el ojo de la llave para ver qué era lo que estaba haciendo Mimí. Se quedó asombrado. Durante su ausencia Mimí había limpiado la habitación, la había arreglado con esmero, había puesto orden en todos los enseres del artista y había dado a aquel desván mísero un aspecto completamente nuevo. Rodolfo se estiró la chaqueta, se arregló la corbata y llamó. Mimí salió a abrirle.

—Usted perdone... Creí que vi-

vía aquel Rodolfo, el gran escritor—dijo el poeta.

—¡Ah!... ¿Pero es que Rodolfo es un gran escritor?—replicó Mimí siguiendo el juego.

—Sin duda; el mejor escritor del siglo.

—Pues... lo siento mucho, pero el señor no está en casa... ¿Quiere algún recado para la señora?

—Sí... Dígale a la señora que el señor la adora y que si no le da un beso en este mismo instante es capaz de...

Rodolfo tomó el brazo a Mimí y la llevó hasta la mesa, sentándola sobre ella, mientras la besaba frenéticamente.

—Ahora vas a ver lo que te he comprado, Mimí — dijo Rodolfo deshaciendo el paquete y mostrándole los objetos—. Un chal, un par de zapatos, unos pañuelos de seda, unas cintas para el pelo... y este ramo de flores.

—¡Qué encanto! — exclamó Mimí tomando las flores y aspirando, embriagada, su perfume—. Pero estas flores se marchitarán pronto... y acaso me arrojarás a mí a la calle cuando estén marchitas — murmuró con una amarga melancolía.

—Mimí, tú y yo seremos siempre, siempre uno de otro.

—¡Siempre!... Siempre es una palabra tan vaga... Muchas veces

... M I M I ...

“siempre” dura apenas lo que dura la vida de una flor... Pero yo te prometo, Rodolfo, que me estaré contigo lo que estas flores duren — añadió, saltando de la mesa con la meceta en la mano y disponiéndose a cuidar de aquella plantita con tanto amor que pudiera hacer eterna la frágil vida de las flores.

Se acercó a la ventana, colocó la maceta en el repecho y la regó cuidadosamente. Luego extendió la vista sobre el panorama que desde aquel nido de águilas se distinguía y dijo:

—Nunca había visto París desde tan alto... y me parece que así es más bello todavía. ¡Y yo que creía que subir hasta el cielo costaba tanto trabajo!...

—¿Ha sido fatigosa para ti la ascensión?—preguntó Rodolfo, besándola amorosamente.

—Ha sido fácil y muy feliz — replicó Mimí abandonándose a los brazos del amante.

Una carcajada a coro les sacó de su delirio amoroso. Los bohemios les habían sorprendido y se reían de aquella explosión de amor.

—¿Estorbamos?—preguntó Murette.

—No, no... ¡cómo vais a estorbar!—exclamó Mimí con alegría.

—Entonces venimos a proponeros que os vengáis con nosotros—

añadió Schaunard.—Hemos decidido irnos al campo a pasar el día.

—¡Bravo!... Date prisa, Mimí, vístete... vamos a pasar un día feliz... Bajaremos por el Sena en lancha y luego merendaremos en la isla más bella del mundo.

—Pero... pero, ¿no habíais dicho que... que hoy empezarías a escribir esa obra maestra que te ha de hacer inmortal?—preguntó Mimí un poco triste, un poco desconcertada por la versatilidad del genio de su amante.

—Hoy... mañana... ¡Quién sabe! ¡Ni quién puede preocuparse de esas cosas! — exclamó Rodolfo echando a broma lo que Mimí le decía muy seriamente. — Colline afirma que el tiempo y el espacio son fantasías de nuestra imaginación... Vamos a pasear, a gozar de este día de sol...

—Irás tú, si quieres, pero yo me quedaré en casa, ¡ea!—replicó Mimí con energía.

—Déjala que se quede—aconsejó Schaunard que no tenía más dueña que la bebida y que nunca se había dejado atar por una mujer. —Si empiezas desde el primer día a dejarte dominar por unas faldas... ¡estás perdido!

—Mimí, por favor, deja que hoy seamos felices paseando por el río. Es primavera. El sol lo llena todo

de alegría... Vamos a pasear... Mañana empezaré a trabajar.

—Mañana... ¡siempre mañana! —suspiró Mimí con melancolía.— ¿Cómo puedo creer en tus promesas si tan pronto te olvidas de ellas? ¿Cómo puedo creer en ti si desde el primer día haces todo lo contrario de lo que prometes?

—Mimí tiene razón—dijo Colline con su acento de superioridad—. Para nosotros siempre existe el mañana, pero no existe nunca el hoy. Yo empiezo a trabajar desde hoy.

—¡Bah!... La fama ha de cubrirnos con su manto de inmortalidad... ¿Qué importa que empeemos hoy o mañana? —preguntó Marcelo con escepticismo.

—¡Grandísimo pícaro! —gritó Musette, empujándole furiosamente.—Vas a trabajar ahora mismo para que me puedas comprar en seguida el vestido que me has prometido para cuando vendas el cuadro. ¡Todo el mundo a trabajar! ¡Se acabó la vagancia perpetua!

Mimí había triunfado. Aquella mujercita buena, sencilla, que había sacrificado un bienestar material para conseguir su libertad y para poder seguir el impulso de su corazón, había introducido en las bohordillas de los bohemios un nuevo régimen de vida. Se acabaron las salidas cotidianas, las largas ho-

ras pasadas en el café Momus en interminables discusiones y en charlas en las que no sabían hablar más que del futuro de gloria que a cada uno de ellos les esperaba, sin pensar que la gloria no se alcanza desde la mesa de un café y que es preciso sacrificarse, luchar, trabajar duramente, con constancia, con tenacidad, con fe, para poder conseguir, acaso, la fama que ellos perseguían.

Rodolfo escribió con fecunda inspiración. Tenía a su lado a la musa. Día tras día la veía a ella, a su lado, alentándole, animándole con sus miradas dulces, buenas, confiadas, amantes. Su nido de águilas se había convertido en un verdadero nido. Mimí había sabido dar calor de hogar a aquellas paredes destartalladas que rezumaban humedad. Había transformado casi en vivienda confortable aquella habitación mísera en donde Rodolfo había sufrido frío y hambre, miseria y soledad.

También Colline y Marcelo trabajaban ardientemente, uno en su obra de alta filosofía, otro en el cuadro que le había de hacer inmortal, en aquel Pegaso en el que había puesto toda su alma de artista y que tenía la seguridad le había salido maravillosamente bien.

Los días se sucedieron y las semanas pasaron. Los bohemios no se acordaban casi ni de comer, porque les poseía la fiebre de la inspiración. Trabajaban incansablemente. Hubo noches en que Rodolfo, sintiendo que la musa le acompañaba, no se había acostado, escribiendo con ardor aquella comedia que le había de dar la fama y le había de abrir las puertas del porvenir.

La fe en sus obras les tenía dichosos. Ya estaba terminada la obra de Rodolfo. Era una comedia que titulada "La Bohème", y en la que había procurado recoger cuidadosamente todas las escenas cotidianas vividas por ellos mismos; había hecho personajes de ficción a Marcelo y Musette; a Schaunard, el impenitente borrachín; a Colline, el filósofo consciente y un poquito esceptico; a Mimí, la heroica, que abandonaba a un amante rico para entregarse en brazos del amor verdadero, del amor que llenaba por completo las aspiraciones de su corazón, aunque salieran perdiendo en ello su estómago y su coquetería femeninas. También él mismo se había retratado en la comedia, mejor dicho, en el drama que había escrito para la inmortalidad.

Con el rostro iluminado por la dicha los bohemios se notificaron

unos a otros que sus obras estaban terminadas. Hubieran querido celebrarlo con un banquete, pero les faltaba lo principal: dinero para comprar las provisiones. No importaba. Si no tenían dinero tenían el alma llena de esperanza. Eran jóvenes. El porvenir todo se presentaba ante ellos lleno de promesas. Ninguno pensó ni un instante en el fracaso posible, en el desdén de lo que creían verdaderas obras de arte. Estaban seguros de sí mismos.

Rodolfo, acompañado por Mimí, Musette, Marcelo y Colline, marchó al Teatro Nacional. El quería entrar en el Parnaso por la puerta grande. Si no estrenaban la obra en el Teatro Nacional no quería que se la estrenaran en parte alguna.

En el Teatro Nacional le recibió un hombre que debía estar muy habituado a recibir a visitantes de aquel género, porque ni siquiera alzó hasta él los ojos, tomó la obra manuscrita, le dió un número, el 16.783, la arrojó despreciativamente delante de Rodolfo, diciéndole que pusiera su dirección en la cubierta y luego, de otro manotazo, la tiró sobre un enorme montón de papeles, que sin duda eran los incalculables manuscritos que se presentaban en el Teatro Nacional para su aceptación, y le dijo que, si

algún día se leía su obra y gustaba, ya le avisarían.

Rodolfo se quedó un tanto decepcionado, pero no quiso dejarse vencer por ello. Tenía fe, fe ciega en su obra y estaba seguro de que se la habían de aceptar. ¡Ya era mucho que no se la hubieran rechazado desde el primer momento!

Marcharon contentos todos los amigos, convencidos de que al cabo de muy pocos días Rodolfo recibiría aviso del Teatro Nacional para que fuera a leer su obra ante los más afamados artistas. Y para celebrar aquel éxito futuro, pero que ellos estaban convencidos tendría que ser un futuro muy próximo, fueron al Café Momus en el que no habían estado desde que Mimí les animara a trabajar.

El único constante concurrente al Café Momus había sido Schaunard, cuya sinfonía no llegaría nunca a componerse, porque le gustaba demasiado el vino y prefería una buena borrachera a una hora de trabajo. Cuando Schaunard vio llegar a sus compañeros de bohemia, les recibió con grandes demostraciones de júbilo, les hizo sentar a su mesa, les habló de los tiempos pasados, cuando hacían la vida en aquel rincón del Café Momus al que ya sólo era él el asiduo parroquiano, y añoró que todo hubiera pasado.

Ahora Rodolfo ya sólo vivía para Mimí y por Mimí, por aquella muchachita que le había conquistado por completo el corazón. ¡Oh, qué cambiado encontraba Schaunard a su amigo Rodolfo!... El amor es el gran transformador de la humanidad y ¡ay del que se deja coger en sus garras!... Difícilmente puede substraerse a su influjo. Esto es lo que pensaba Schaunard mientras bebía botella tras botella, seguro de que el vino era el mejor y más generoso amigo de los hombres.

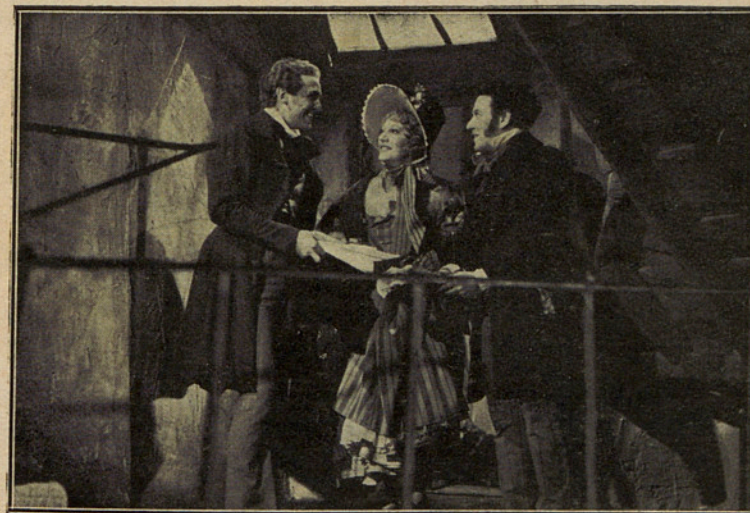
Schaunard invitó a todos sus amigos. No tenía un céntimo en el bolsillo, pero aquello no tenía importancia. Jugaría y ganaría lo suficiente para pagar el gasto. Era un maestro en el arte de jugar al billar y en una partida ganaría para todos.

Habían reunido, entre todos, cinco francos treinta céntimos, que Mimí conservaba para ir a dar un paseo por el Prado para celebrar la "buena acogida" que se había dispensado a la comedia de Rodolfo. Pero no hubo más remedio que dárselos a Schaunard que prometía triplicar aquella pequeña fortuna de los bohemios.

Schaunard se levantó y se encaminó a la mesa de billar, que estaba en otra habitación. A cada rato



...y las miradas se cruzaron...



Mimí había triunfado... Se acabaron las salidas cotidianas...



Cuando Schaunard vió llegar a sus compañeros de bohemia...



—¡Pobres manitas queridas, qué frías están!



Barbemouche no era más que un comerciante... ¡y ellos eran unos artistas!



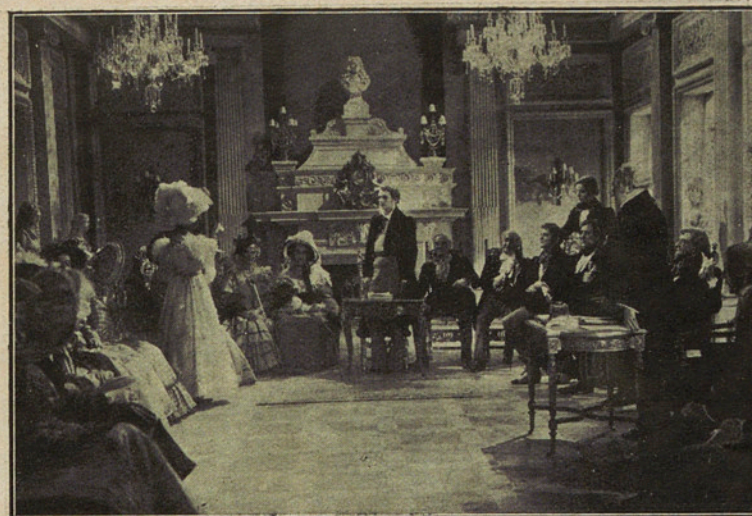
—Por él, no; lo haré por ti.
—Gracias—replicó Mimí besándole la mano con agradecimiento.



—¡Rodolfo, Rodolfo, una carta del Teatro Nacional!



—Marcelo le hará su retrato... ¿Hace el favor de quitarse su levita?



Fué entonces cuando se fijó en el joven poeta...



Ante el desquite de Rodolfo, no acudiendo a su invitación, aquella mujer quiso vengarse...



Fueron todos al baile de máscaras.



Cada góndola era un rincón de amor...



—¿Por qué han suspendido los ensayos de la obra de Rodolfo?



...se trasladaron al "Follies".



Se puso en pie y comenzó a cantar...



Rodolfo asistía a los ensayos, se entregaba a ellos con ardor...

: : : M I M I : : : : : :

venía a la mesa donde estaban sus amigos y les informaba de que el juego era suyo, de que llevaba una ventaja magnífica a su adversario y de que pidieran lo que quisieran, porque había dinero para todo.

—¡Mozo, coñac, mucho coñac!— gritaba. Y él mismo servía las copas, se bebía él la suya y volvía a la sala de billar donde el adversario había conseguido hacer únicamente un par de carambolas.

Pero todas las ilusiones de Schaunard se desvanecieron en la última decena de carambolas que hizo de un tirón y sin dificultad alguna el adversario. Schaunard se rascó la cabeza, pero tenía la dignidad de saber perder y sonrió con una sonrisa escéptica. La suerte no le había favorecido, ¿pero qué podía aquello importarle a un músico como él, a un músico que habría de eclipsar la gloria de Mozart y de Beethoven? Fué hacia donde estaban sus amigos. En aquel momento el camarero había presentado la cuenta y Rodolfo, un poco intranquilo, le había suplicado:

—Espere un momento, el señor Schaunard va a venir en seguida y él es el encargado de pagar.

—¡Mira, ahí viene!— exclamó Musette, señalando a Schaunard que no parecía tener ninguna prisa en llegar hasta ellos.—Schaunard,

date prisa, ven a pagar la cuenta...

—¿La cuenta?—preguntó Schaunard como si bajara de las nubes.

—¿Qué cuenta?... ¡ah, la cuenta!...

—¿No has ganado?—le interrogó Colline con su aire cándido de filósofo.

—¿Qué has hecho de nuestro dinero?—gritó Rodolfo, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Ha volado!—replicó Schaunard haciendo un vago gesto en el aire.

Musette se puso en pie exasperada. Aquello era vergonzoso. Les iban a sacar del café como a unos vulgares estafadores. Estaba harta de aquella vida de miseria, viviendo siempre a salto de mata, sin saber nunca qué día podrían comer un plato de sopa. Se encaró con Marcelo y vomitó sobre él toda su furia:

—¡Ya sabía que esto había de llegar!... ¿Por qué le has dado a ese borrachín nuestro dinero?

—Musette... yo... —murmuró Marcelo, que estaba acostumbrado a las furias de aquella mujer un poco nerviosa.

—Tú tienes la culpa de todo. Me has traído a este café indecente y no tienes ni siquiera dinero para pagar ese veneno que venden con el pomposo nombre de coñac... ¿Y qué haces ahora? Mirarme como un

tonto, como si no me hubieras visto nunca en la vida, como si fuera un monstruo, en lugar de hacer algo para salir de este bochorno. ¡Estoy harta de todo y no quiero seguir así!... ¡Quiero vivir otra vida!... ¡No quiero más vergüenza ni más miseria!...

Con un impulso que nadie hubiera sido bastante fuerte para contener, Musette echó a correr y salió a la calle. En vano quiso seguirla Marcelo para detenerla. El propietario del café le cortó el paso y cerró la puerta:

—Nadie se mueve de aquí hasta que se haya pagado el gasto hecho. Y si no pagan aviso a la policía.

Mimí se quedó intensamente pálida y se abrazó a Rodolfo. Tenía miedo. Pero no comprendía la conducta de Musette. Ella estaba dispuesta a seguir a Rodolfo dondequiera que fuese. Nunca le abandonaría y mucho menos en la desgracia. Los bohemios se miraron unos a otros sin saber qué hacer. Ninguno encontraba la idea luminosa que pudiera convencer a aquel hombre. Lo único que le hubiera convencido hubiera sido el dinero y ninguno de ellos tenía ni un céntimo en el bolsillo. Estaban perdidos. Comprendían que Schaunard les había puesto en una situación apuradísima, pero ninguno se hu-

biera atrevido a acusarle. ¡Tantas veces se habían auxiliado mutuamente en cuestiones de dinero, aunque fuera para asuntos de tan poca monta como una partida de billar!.. Si ahora Schaunard se había llevado su dinero, muchas veces ellos se habían llevado el de Schaunard. Al fin y al cabo aquello no era más que una deuda que pagaban... sólo que la habían pagado en muy malas circunstancias y les podía ocasionar aquello un serio disgusto.

Afortunadamente intervino el viejo Barbemouche, aquel vejete que quería alternar con la juventud, con la bohemia, con el arte y al que los muchachos habían siempre desdeñado por no considerarlo con talento suficiente para alternar con ellos. Barbemouche no era más que un pequeño comerciante del barrio latino, ¡y ellos eran unos artistas! Y el pobre viejo, en su afán de congraciarse con aquellos a quienes consideraba muy superiores a él y a los que quería acercarse para hacerse grande como ellos, pagó el gasto con un generoso rasgo de esplendidez. Pero Schaunard, que había bebido demasiado coñac, se sintió ofendido por el gesto de Barbemouche:

—¡Cómo!—gritó en tono grandilocuente—. ¿Puede usted tener la pretensión de que mis amigos, los

genios del arte, acepten de usted una limosna? ¿Podemos aceptar que un simple hojalatero se inmiscuya en los asuntos de un puñado de verdaderos artistas?... Señor Barbemouche, usted no nos conoce...

Marcelo y Rodolfo hacían gestos significativos a Schaunard. Era preciso que, por una vez, humillaran la frente ante el hojalatero, ya que ellos no podían pagar la cuenta. Schaunard tuvo aún bastante lucidez para comprender y murmuró,

mirando con altiva arrogancia a Barbemouche:

—¿Juega usted al billar?

—¡Oh, un poquito... pero no muy bien!—contestó Barbemouche halagado de que uno de aquellos grandes artistas quisiera descender hasta él y jugar una partida.

—Perfectamente... así me será más fácil ganar... y seré yo el que haya convidado a mis amigos... ¡Nuestro honor será lavado!

* * *

Vinieron días angustiosos para los bohemios. Sus obras, aquellas que habían realizado con tanto entusiasmo alentados por la buena Mimí, no habían producido ningún resultado. El libro de filosofía de Colline había sido desechado en todas las editoriales. El cuadro de Marcelo no había sido admitido en el museo. Y la obra dramática de Rodolfo yacía en el olvido, envuelta en polvo, en un rincón del Teatro Nacional, en el mismo rincón

al que había ido a parar el día en que Rodolfo la llevara con el alma llena de esperanzas.

Marcelo, desde la huída de Musette, no era capaz de coger un pincel. Se había hundido en una sorda desesperación y se pasaba los días o bien encerrado en su bohardilla o bien en un rincón del Café Momus olvidando las penas con los mismos procedimientos de Schaunard. No había vuelto a saber nada de Musette. Sólo un día la había

visto desde lejos, cruzar la calle en una hermosa carretela, vestida primorosamente y sentada al lado de un viejo que la miraba con ojos de concupiscencia. Marcelo hubiera querido morir. Aquella ingrata le había deshecho su vida y había destrozado su arte. Ahora ya no podría pintar jamás, porque Musette se había llevado con ella la inspiración del artista.

Para Mimí y Rodolfo también los tiempos eran difíciles; pero ella los sabía soportar con una valentía y una resignación maravillosas. Unicamente sufría al ver sufrir a Rodolfo la terrible decepción de sus ilusiones. Pero Mimí tenía fe en él y sabía que algún día tendría que triunfar. Entretanto ella cosía incansablemente para ganarse unos céntimos que les permitieran no morir de hambre. Porque Rodolfo ya ni siquiera se dedicaba a copiar. Pasaba los días abstraído en una meditación honda y lejana y se irritaba fácilmente por cualquier cosa, aunque luego se arrepentía de aquellas irritabilidades que siempre hacían sufrir a la dulce Mimí.

Cosía Mimí sentada al lado de la mesa, con todos sus enseres de costura sobre ella y las telas esparcidas por la mesa, mientras Rodolfo, apoyado contra la ventana, contemplaba la lluvia tenaz y persis-

tente del invierno caer por los cristales y entenebreerlo todo. París apenas se veía detrás de aquella espesa cortina de agua. Rodolfo estaba enervado, triste, inquieto. Mimí le había mirado varias veces con aquella mirada llena de ternura y de pasión, pero sus ojos no se habían encontrado con los de Rodolfo y seguía cosiendo con una sonrisa resignada en los labios.

Rodolfo se acercó a la mesa y de un manotazo hizo rodar por el suelo todas las cosas que Mimí tenía en ella.

—¿No podrías poner todo esto en otra parte?—dijo con mal humor—. Así no hay medio de escribir.

Mimí no replicó. Se arrodilló en el suelo y comenzó a recogerlo todo. Sabía que Rodolfo no tenía la intención de ofenderla cuando se dejaba llevar por uno de aquellos arrebatos de nerviosismo. Sabía que la quería y que, acaso por esto mismo, era ella la que tenía que pagar el humor negro de Rodolfo. El silencio de Mimí hizo recapacitar a Rodolfo que la tomó en sus brazos, la obligó a levantarse y, estrechándola fuertemente sobre su pecho, le dijo:

—¡Perdóname, mi vida, perdóname... pero todo va tan mal! ¡Estoy desesperado! Ya sé que no eres

tú la que ha de pagar mi impotencia, tú que eres tan buena y que te estás desviviendo por mí. Pero tengo rabia contra mí mismo, porque no soy capaz de sacarte de esta miseria espantosa que nos rodea... ¡Todos estamos en esta misma situación! El libro de Colline le ha sido devuelto; el cuadro de Marcelo no ha sido admitido... y además ha perdido a Musette. Hace semanas y semanas que estoy esperando que me digan algo del Teatro Nacional... ¡y no llega ninguna noticia!

—Pero no te lo han devuelto... Hay que seguir esperando—contestó Mimí ansiosa de devolver la calma y la fe a su amante.

—No lo han devuelto... todavía. ¿No crees que sería una buena idea que fuera yo mismo a hablarles personalmente, a suplicarles que lo leyeran?

—No, no, no. Esto no sería digno, Rodolfo. Creerían que no eres un artista, puesto que ibas a mendigar—replicó Mimí, acariciándole suavemente las mejillas.

Rodolfo cogió aquellas manitas que le acariciaban y que estaban he- ladas y las besó con respeto:

—¡Pobres manitas queridas!... ¡Qué frías están! Todo el día trabajando por mí, y yo sin poder hacer nada por ellas.

—Lo que a ti te pasa es que sales poco y te enerva el encierro—le dijo Mimí, riéndose y queriendo animarle—. Necesitas distraerte. Mira, ha cesado de llover. ¿Por qué no te vas un rato al café a charlar con tus amigos? Haces una vida demasiado recogida. Toma, aquí tienes tu sombrero y tu levita. Vete un rato, créeme.

—Mimí... no sé si debo... Tú te quedas sola... y trabajando. Lo menos que puedo hacer es hacerte compañía.

—Anda, vete... Hazlo por mí—suplicó Mimí, que tenía una idea en su mente.

Rodolfo la besó y salió de la casa obedeciendo aquella súplica. Entonces Mimí buscó sus vestidos, los que llevaba puestos cuando llegó una noche ya lejana a casa de Rodolfo, los vestidos hermosos y ricos que Lamotte le había dado. Se vistió rápidamente y se encaminó al Teatro Nacional. Sabía que allí encontraría a Lamotte, disponiéndose para salir a escena. Sabía que, lo que Rodolfo no podía hacer por dignidad, lo podía hacer ella por amor. Y con paso ligero cruzó las calles alentada por un rayo de esperanza.

—¿Ha venido Mimí?—preguntó Lamotte al que entró en su camerino a anunciarle la llegada de la mu-

chacha—. Que pase, que pase en seguida y dejadnos solos.

Mimí entró con la carita pálida, ojerosa por el trabajo y las vigili-
as, pero con la sonrisa en los labios, porque no quería que Lamotte pudiera pensar que, lejos de él, no estaba rodeada de comodidades y de lujo.

—¡Mimí!—exclamó Lamotte al verla—. Estás desconocida... ¡Hace tanto tiempo que no te veía!

—No me ha sido muy fácil venir hasta aquí. Pero tú una vez me dijiste que...

—Que tu pequeño hogar, aquel que yo había creado para ti, te esperaba. Sí, Mimí, y sigue esperándote. Está todavía vacío desde que tú lo dejaste. No necesitas excusarte por tu ausencia, por tu conducta. Lo comprendo todo. Ya te dije que algún día volverías a mí.

—Pero... no, no comprendes...—dijo Mimí palideciendo todavía más al escuchar las palabras de Lamotte—. No vuelvo para... No... He venido únicamente a hablar con el amigo... ¿No podemos ser buenos amigos?—le preguntó, sonriéndole con dulzura.

—Muy bien — replicó Lamotte comprendiendo que se había equivocado—. ¿Qué quieres?

—Necesito tu ayuda.

—¿Para Rodolfo? — preguntó Lamotte con un poco de ironía.

—Sí—replicó Mimí valiente.

—¿Necesita dinero?

—¡Oh, no, no, no! — dijo con energía Mimí, ofendida por aquella palabra—. Rodolfo ha escrito una obra teatral magnífica... la trajo aquí, al Teatro Nacional, para que la leyeran y la juzgaran. Hace muchas, muchas semanas que la trajo y todavía no ha obtenido contestación. Tú sabes la lentitud con que marchan esas cosas. Pueden pasar meses, años, sin que la obra sea estrenada... y Rodolfo no puede esperar tanto tiempo.

—¡No te preocupes por eso, querida! ¡Esa obra no se estrenará nunca!

—Pero... yo creí que tú... que tú podrías ayudarnos, influenciar para que la leyeran y la estrenaran, si gusta.

—¡Ayudaros!... ¡Influenciar! Es imposible, querida; no voy a recomendar yo la primera obra de un escritor desconocido... para ser representada en el Teatro Nacional.

—¡Sabía que ibas a decir esto! —exclamó Mimí exaltándose ante la negativa de Lamotte—. Nunca has querido ayudar a los jóvenes, porque la juventud es un brote nuevo y pujante que viene a anular a los brotes viejos, como tú... y tie-

nes miedo de que lo hagan mejor que tú... y no les quieres dar paso. Rodolfo es un genio.

—¡Un genio! — murmuró con desdén Lamotte.

—Sí, un genio — replicó Mimí con mayor energía.

Lamotte dulcificó la expresión, miró a aquella pobre criatura que debía haber sufrido muchas privaciones, por lo demacrada y lo pálida que estaba y, con dulzura poco habitual en él, le preguntó:

—¿Tanto le amas? ¿Tanto... que puedes creer de él que es un genio?

—Sí, sí, sí... es un genio. Si no estuviera segura de que Rodolfo es un genio, ¿crees que hubiera podido resistir esa vida de miseria y privaciones? Si no creyera en él tan ciegamente, no hubiera podido continuar.

—¿Continuar qué? — preguntó Lamotte interesado.

—¡Oh, nada, no hagas caso! — contestó Mimí con lágrimas en los ojos.

—Bueno, si Rodolfo es realmente un genio... será preciso que le ayude a salir de su oscuridad. Haré cuanto pueda para que la obra sea leída.

—¿De veras? — preguntó Mimí sonriendo en medio de sus lágrimas—. ¿Vas a ayudarnos? ¿Vas a hacer eso por él?

—Por él no... Lo haré por ti—contestó Lamotte, mirando con pasión a aquella deliciosa mujercita a la que seguía amando muy de veras.

—Gracias—replicó Mimí, besándole en la mano con un beso lleno de agradecimiento.

No dijo nada a Rodolfo de aquella entrevista. Quería que Rodolfo pensara que era por su propio mérito por lo que la obra iba a ser leída. Además, no quería confiar demasiado en la promesa de Lamotte hasta que no la viera realizada.

Los bohemios seguían viviendo azarosamente del poco dinero que conseguían ganar en trabajos que estaban muy lejos de llenar sus aspiraciones, pero que, por lo menos, les permitían a veces comer un pedazo de pan y beber una botella de vino que ellos bautizaban con pomposos nombres para hacerse la ilusión de que eran de marca de calidad.

Marcelo no había olvidado a Mussette, pero ya no tenía la tristeza hosca de los primeros tiempos. Se reunían ahora con más frecuencia en el taller del pintor, el poeta, el músico y el filósofo y charlaban largamente de sus proyectos, de sus esperanzas y también de sus desilusiones. Un día, una semana después

de haber ido Mimí a visitar a Lamotte, estaban los amigos reunidos en el taller del pintor cuando entró Mimí con el rostro lleno de júbilo, agitando en el aire, como una diminuta bandera, una carta.

—¡Rodolfo, Rodolfo, una carta del Teatro Nacional!—gritó triunfalmente, entregándole el pliego.

Todos se agruparon en torno a Rodolfo para leer aquella carta misteriosa que podía muy bien ser la primera rendija abierta en la puerta de la celebridad y de la gloria.

—¡Hurra! — gritaron a un tiempo al leer la carta en la que se citaba a Rodolfo para que fuera el miércoles, a las once de la mañana, a leer su obra ante el Comité de Actores.

—¡El miércoles! — dijo Colline sacando cuentas—. Pues creo que el miércoles es hoy. Y que deben ser muy cerca de las once.

—¡Hoy!... ¡Y van a ser las once! De prisa, Mimí, dame mi ropa buena—dijo Rodolfo olvidando en el espasmo de júbilo que todo estaba empeñado o vendido.

—¿Qué ropa quieres que te dé? —preguntó Mimí, desconcertada.

—¡Oh, es verdad! Pues necesito una levita negra.

—Claro, necesitas una levita negra... ¿pero de dónde la vamos a sacar?

—Ve sin levita negra — dijo Schaunard—. El genio es el genio, aun en mangas de camisa.

—No. Podrían llegar a perdonarme que hubiera escrito una obra mala; pero no me perdonarían nunca si me presentaba mal vestido.

—Tienes razón. Creo que yo tengo, o he de tener, una levita negra. Ahí, en ese cajón—dijo Marcelo.

—¿Y por qué te lo tenías tan callado?—gritó Mimí corriendo al cajón y sacando una levita que estaba completamente comida por la polilla—. ¡Ah... si vosotros fuerais tan activos como las polillas!—murmuró con desaliento.

—Necesito una levita negra—institía Rodolfo con terquedad.

—¿De dónde quieres sacarla?—preguntó Mimí desesperada.

Pero en aquel momento Barbemouche, con su ilusión de acercarse a los artistas, llamaba a la puerta de Marcelo. Vestía con levita negra. Todos los ojos se fijaron en aquella levita. Barbemouche era aproximadamente de la misma talla de Rodolfo. Era necesario apoderarse de aquella levita.

—Ustedes perdonen—dijo Barbemouche un poco cortado, porque cuando se encontraba delante de aquellos genios del arte siempre se sentía cortado—. Busco al señor Marcelo, el pintor.

—Aquí estoy, ¿qué quiere? — dijo Marcelo, plantándose ante él.

—¡Oh! El señor Schaunard ha sido lo bastante amable para decirme que tengo una cabeza muy interesante para un pintor. Y deseo que me haga el retrato.

—Creo que será mejor que busque a otro—murmuró Marcelo de mal talante.

Pero Mimí, que sólo veía la levita negra que Rodolfo necesitaba, se acercó solícita al pobre viejo y le dijo:

—Pase, pase usted... haga el favor. Precisamente ha venido usted en el mejor día que podía venir, porque Marcelo tiene que ausentarse de París por unos días para realizar unos trabajos que le han encargado en el Museo.

—Bien, entonces volveré a la tarde... Ahora me voy a comer—dijo Barbemouche.

—¡No, no, usted no se va!—gritó Mimí—. Marcelo le hará rápidamente su retrato. ¿Me hace el favor de quitarse su levita?

—¿Mi levita? ¡Si precisamente me la he puesto para quedar más elegante en el cuadro!

—¡Oh, no! El negro es un color demasiado fúnebre para una pintura. Es preciso ponerse algo de color más vivo. Marcelo le dejará su bata

de Chachemira. El retrato quedará mucho mejor.

Mimí se dió prisa a despojar al viejo de la levita... Todos habían comprendido la necesidad de ayudar a Mimí en aquel trance y Marcelo trajo su bata de colorines brillantes y estuvo un buen rato colocándole en pose, haciéndole torcer un poco la cabeza, cruzar las manos, poner los pies en una forma de terminada, en fin, hizo cuanto pudo para dar tiempo a que Rodolfo, con la levita puesta, saliera de su casa para encaminarse al Teatro Nacional. Y el infeliz Barbemouche no se enteró de nada, tan confiado, en su buena fe, de que el retrato saldría mucho más primoroso.

Pero a la hora y media de estar en aquella misma postura Barbemouche comenzó a sentir el aguijón del hambre. No pensaba que aquello pudiera durar tanto y hubiera querido poder dejar el sillón y bajar a la calle a comerse un magnífico filete de ternera, en el restaurante donde él comía todos los días.

—¿Tardará mucho en terminar? —le preguntó a Mimí, que asistía ansiosa a aquella sesión de pintura, doblemente ansiosa porque en aquellos mismos momentos Rodolfo estaba pasando por la prueba definitiva de su obra.

—Sssssh—replicó Mimí, ponién-

dose un dedo en los labios—. Es preciso que permanezca callado en tanto Marcelo pinta... No hay que mover ni un solo músculo de la cara.

—Pero... es que tengo hambre— insistió Barbemouche.

—También tengo hambre yo — replicó Marcelo con espontaneidad. — No he comido con formalidad desde...

Mimí le hizo un gesto significativo. Era preciso que Barbemouche ignorara que pasaban miseria y hambre. Era preciso que siguiera creyendo que los artistas eran de una raza privilegiada. Y Marcelo, comprendiendo la intención de Mimí, terminó su frase diciendo:

—... desde el desayuno.

—Pues yo quisiera poder comer ahora un filetito tierno. Mi estómago siente necesidad de comer algo. Voy a bajar y subo en seguida para continuar el retrato. ¿Hace el favor de darme la levita?—dijo el viejo poniéndose decididamente en pie.

—De ningún modo—exclamó rápidamente Mimí, acercándose a él y obligándole a sentarse de nuevo. —Usted se queda aquí. Yo misma iré a buscar lo que usted desea.

—¡Oh, es usted muy amable!... Compre tres filetes. Les invito. Tendremos una pequeña y sabrosa co-

lación—dijo Barbemouche, buscando en sus bolsillos. Pero de pronto recordó y añadió llevándose las manos a la cabeza—: ¡Dios santo, si no tengo el dinero aquí! Lo he dejado en la levita. ¿Quiere hacer el favor de darme mi levita?

Mimí sintió frío en su espalda. Aquello se estaba poniendo cada vez más comprometido. ¿Qué hacer para no confesar al pobre vejete que su levita no estaba en casa? Mimí tenía siempre recursos para salir de angustias:

—No, no, mi querido señor; no podemos consentir que sea usted el que pague. Nosotros le invitamos a usted. ¡No faltaba más!

Marcelo miró con angustia a Mimí. ¿Invitar ellos? ¿Cómo? ¿Con qué dinero? Siguió a Mimí hasta el hueco de la puerta y le dijo al oído:

—¿Cómo te has atrevido a hacer este ofrecimiento?

—No podía hacer otra cosa. Rodolfo lleva su levita. ¿Tienes dinero?

—Creo que unos cuantos céntimos.

—Dámelos... compraré un bistec de caballo en la carnicería de la esquina. Nosotros ayunaremos... ¡ya estamos acostumbrados!

Bajó rápidamente las escaleras y entró en la carnicería en el momen-

to en que el dueño sostenía una discusión con un hombre que llevaba en la mano un cuadro en el que había pintado un caballo que igual podía ser un burro que una vaca. El carnicero estaba indignado. El quería un caballo, un caballo magnífico, fuerte, noble, que fuera la enseña de su tienda. ¡Pero aquello no era más que un animal antediluviano que sólo se parecía al caballo en que tenía cuatro patas!

—Mire, mire usted y juzgue—le dijo a Mimí, mostrándole el cuadro—. ¿Usted cree que eso es un caballo?

—Si se mira con buena voluntad...—replicó Mimí queriendo conciliarlo todo.

—¡Buena voluntad! Yo necesito que los clientes sepan que aquí se vende carne de caballo, de buen caballo, eso es. Este cuadro no me sirve... ¡Váyase con su obra de arte, que no es más que un mamarracho! —le gritó al artista que, ofendido en su dignidad profesional, cogió el cuadro y salió tristemente de la tienda.

Entonces Mimí se acercó al carnicero y le dijo:

—Si usted quiere yo puedo recomendarle a alguien que le hará un caballo, un caballo que no necesitará más que relinchar para parecer auténtico. Conozco a un artis-

ta, a un gran artista que puede hacerlo. Le prometo que le hará un caballo que despertará el apetito de toda su clientela.

—¡Bravo! ¡Esto es lo que necesito! Si me trae usted lo que promete habrá buena gratificación—le dijo el carnicero a tiempo que le entregaba el bistec para el viejo Barbemouche.

Mimí salió a la calle e iba a cruzarla corriendo cuando una elegante carretela con una dama elegantísima se interpuso y le cerró el paso. La dama miró a Mimí y dió un grito de alegría al que Mimí respondió. Las dos se habían reconocido.

—¡Mimí!...

—¡Musette!...

—¡Mimí, qué alegría me da volver a verte! ¿Cómo estás? ¿Cómo estáis todos? ¿Cómo está Marcelo? ¿Sufrió mucho cuando me fui?—preguntó Musette, ansiosa de que Mimí le contestara a todas las preguntas a un mismo tiempo.

—Marcelo ha sufrido y sufre mucho — contestó Mimí con dulce acento.

—¡Oh, cuánto me alegro! Esta es la mejor prueba de que sigue queriéndome. ¿Y trabaja mucho?... ¡Pobre Marcelo! Nadie podrá ocupar su puesto en mi corazón—murmuró Musette, poniéndose sentimental. Pero tú debes comprenderlo,

Mimí. Esa vida es imposible. Siempre sin comer, siempre sin un mal vestido que ponerse. El amor no lo es todo en la vida. Las muchachas necesitamos algo más. ¿No te gusta este traje que llevo? Pues es el más sencillo que tengo. Tengo muchos, muchos vestidos y joyas y sombreros y medias de seda y zapatitos de charol con hebilla de oro. Mi corazón es para Marcelo, no hay duda... pero necesito de todo este lujo para estar contenta. ¡Si vieras qué traje tan bonito me he hecho para el baile de máscaras de mañana!... Tú vendrás conmigo, Mimí, te invito.

—¡Oh, no, yo no puedo ir, si no va Rodolfo!—exclamó Mimí un poco aturdida por la charla de su amiga.

—¡Ah, es verdad! ¡Me había olvidado de Rodolfo! ¿Y qué hace el poeta?... ¿Trabaja? ¿Os van mejor los asuntos?

—Sí—contestó Mimí, queriendo ocultar a Musette la miseria en que vivían.

Musette miró largamente a Mimí, vió su rostro pálido, demacrado, los grandes círculos violáceos que tenía en torno a sus bellos ojos; vió el vestido usado; vió el mísero pedazo de carne que llevaba envuelto y le tomó ambas manos en un

arranque de cariño. Las encontró heladas.

—¡Pero, criatura!—exclamó sin poderse contener—. ¿Estás enferma? Tienes las manos heladas... estás pálida... toses... ¿Qué tienes?... ¿Tienes hambre? Eso que llevas ahí no es bastante para alimentarnos a todos vosotros.

—No es para nosotros—contestó Mimí bajando los ojos que se le habían llenado de lágrimas—. Pero yo estoy bien, muy bien, y soy feliz, porque tengo el amor de Rodolfo. Yo no necesito nada más que el amor para vivir.

—Comprendo, comprendo, Mimí; tú siempre has sido muy distinta. Tú lo sacrificas todo al sentimiento. Pero en la vida no se puede vivir únicamente de ilusiones... hay que vivir también de realidades. ¡Ah, por cierto!... Ahora me acuerdo que te debo veinte francos.

—¿Veinte francos? ¿Cuándo tuviste tú veinte francos para poderme los prestar? —preguntó Mimí riéndose con ingenuo candor.

—Es verdad... pero no importa... tómalos, Mimí.

—No, gracias, Musette, no los necesitamos, te lo prometo... Precisamente en estos mismos momentos Rodolfo está leyendo su obra dramática ante el Comité de Acto-

res del Teatro Nacional. Esto será nuestra salvación.

—¡Magnífico!—exclamó Musette con entusiasmo.

—Rodolfo será pronto rico y famoso—dijo Mimí exaltada por la esperanza.

—Sí... pero que no sea demasiado famoso. Cuando un amante se vuelve demasiado famoso se olvida

de la mujer a la que conoció en la época de miseria. Por tu bien te deseo que no se haga demasiado famoso.

Las dos amigas se abrazaron y se despidieron. Mimí subió las escaleras de su bohardilla pensando en aquellas palabras de Musette que se le habían adentrado en el corazón y que le hacían daño.

* * *

Reunidos en el gran salón del Teatro Nacional el comité de actores, presidido por un viejo barón y por el propio Lamotte, gracias a cuya influencia se iba a leer la obra de Rodolfo, el desconocido y anónimo poeta, todos los miembros del comité esperaban.

—Son las once y diez y ese muchacho no ha llegado todavía—comentó Lamotte que sólo por amor a Mimí había hecho aquel acto de generosidad tan contrario a su carácter—. Muy seguro debe estar de sí mismo cuando se atreve a hacer esperar a los miembros del comité.

—Ustedes perdonen — dijo en aquel momento Rodolfo, entrando en el salón con apostura y elegancia. —Me he retrasado un poco porque hace sólo media hora que he recibido la carta en que me citaban para hoy...

—No se preocupe... Tiene la suerte de que, aunque hubiera usted llegado puntual, la lectura no hubiera podido comenzar, porque todavía no ha llegado madame Sidonie—dijo el viejo barón, resignadamente, ofreciendo a Rodolfo asiento frente a la mesa en donde estaba el manuscrito preparado.

No tardó en llegar madame Sidonie. Era una mujer joven, de espléndida belleza. La artista más afamada de París, la más mimada del público y la mujer que tenía los amantes más ricos, al mismo tiempo que los más amorosos. No tenía escrúpulos y gustaba de satisfacer todos sus caprichos. Entró con su pequeño perrito en brazos, vestida de blanco con un maravilloso traje de encajes y tules, con un gran sombrero que hacía más profundos y más bellos sus grandes ojos negros y se acercó a la presidencia con desenfado, dando sus excusas por haberse retrasado. Hablaba con volubilidad y con una voz armoniosa. Si el presidente no la hubiera detenido, acaso hubiera estado hablando toda la mañana y la lectura no hubiera podido efectuarse. Pero el presidente la atajó y madame Sidonie fué a ocupar su puesto. Fué entonces cuando se fijó en el joven poeta y debió causarle muy buena impresión, porque ya no apartó de él los ojos más que para dedicar, de tiempo en tiempo, una mirada a su perrito que se estaba quieto sobre su falda.

Rodolfo, con la voz un poco temblorosa por la emoción, comenzó a leer:

“La Bohème”. Personajes: el

poeta pobre, la obrera coqueta, el pintor, el compositor...

—Usted perdone — interrumpió Lamotte, que miraba a Rodolfo como a su rival y no podía perdonarle el inmerecido honor de leer su obra ante el comité de actores—. ¿Es que los personajes no tienen nombre?

—¡Oh, sí!... Pero ya se irán conociendo a lo largo de la obra... El nombre es lo de menos. Lo que he querido hacer resaltar es que mis personajes son figuras típicas, genuinas, vívidas... figuras de jóvenes artistas que habitan en el Barrio Latino en la más completa bohemia... Mi obra es una obra sencilla, natural... una obra en la que intervienen personajes tan vulgares como usted y como yo...

—¡Ah, vamos, una obra del día, sin interés ninguno!—dijo Lamotte con desdén.

—Mi querido Lamotte; hemos venido a escuchar la obra, no a usted —dijo madame Sidonie, que se sentía atraída tanto por el poeta como por la obra que iba a leer y que comenzaba de un modo tan original. —Empiece usted, señor...

Rodolfo miró con agradecimiento a Sidonie, que le dedicó la más cautivadora de sus sonrisas, y siguió leyendo:

—“Acto primero. Una buhardilla.

La luz de la luna entra por la ventana e inunda la estancia con su luz melancólica. Es una noche helada de enero. El pintor, el filósofo y el poeta tiritan en torno a una estufa que apenas calienta. El poeta trata de animarla quemando en ella todos sus manuscritos...”

La voz de Rodolfo fué haciéndose más segura a medida iba avanzando en la lectura de la obra. Sus palabras salían flúidas de sus labios. Más que leer parecía que hablaba. Por su boca hablaban sus amigos y él mismo. Era su vida, la vida de todos los bohemios que con él compartían la miseria en espera de la gloria, la que había puesto en versos magníficos. Sólo algún personaje era idea de la imaginación. Todos los demás eran reales, vivían y sentían, palpitaban de ansias y de angustias, de amor y de gloria... La obra de Rodolfo era algo tan humano que todos los artistas que formaban el comité estaban pendientes de sus palabras, sugestionados por la voz de Rodolfo y por la trama de su obra, llena de sentimiento, de corazón, de amor, de sensibilidad...

“... y en aquella buhardilla, donde tanto había amado y donde tanto había sufrido, con las manitas metidas en aquel manguito que todos sus amigos habían querido com-

prarle, para que pudiera calentarla, rodeada por aquellos que tanto la habían amado, murió dulcemente la que había sido la muchacha más feliz de todo París, porque había sido la más amada...”

La voz de Rodolfo se extinguió. Había acabado la lectura de su obra genial. Sidonie se secó las lágrimas con el pañuelito de encaje y dijo en un suspiro que podía ser también un sollozo contenido:

—¡Bellísima!...

—Sí... sí, es una obra bella... pero falta saber si hay que considerarla una obra romántica o clásica —dijo Lamotte, que no quería dar el triunfo absoluto a Rodolfo.

—He ahí la cuestión—afirmó Sidonie, que se había puesto por completo de parte de Rodolfo—. Y no hay duda de que la obra *ha* gustado.

—Señoras y caballeros—dijo el presidente, que presentía una discusión entre Sidonie y Lamotte, que no estaban nunca de acuerdo—. Hay que pasar a votación si la obra es aceptada o rechazada.

—Mis queridos amigos — dijo Sidonie, poniéndose de pie y hablando con vehemencia—. No hemos de detenernos a mirar si la obra es clásica o romántica, moral o inmoral... Hemos de pensar únicamente que es una obra de juventud... ¡Todos los que son jóvenes,

todos los que aman la juventud, deben votar a favor de la obra!

Aquellas palabras fueron el peso que hizo caer la balanza. La obra fué aceptada por aclamación general. Era aquello un sueño para Rodolfo, algo en lo que no se hubiera atrevido a soñar. Y se sentía orgulloso de sí mismo, fuerte y seguro de su propio valor.

Sidonie se acercó al poeta, le tendió la mano, le miró con coquetería y le dijo:

—Le felicito. Hacía tiempo que estaba esperando una obra como esa... Me encanta el papel que me corresponderá... ese de la muchacha más amada de todo París... Desde mañana comenzarán los ensayos. Será la primera obra que estrenaremos esta temporada.

—¡Oh!... ¿cómo puedo darle las gracias?... ¿Cómo puedo agradecer lo que ha hecho usted por mí?—le preguntó Rodolfo, besándole la mano, dándose cuenta de que era madame Sidonie la que había impuesto su obra.

—No hablando de agradecimiento... Su obra es una maravilla... Pero hay una escena en el segundo acto que no acabo de comprender bien... Quisiera que usted me la explicara... que me hiciera penetrar en la esencia del personaje... Mañana, antes de venir al ensayo,

me gustaría discutir con usted algunos puntos de la obra... ¿Quiere hacerme el favor de pasar por mi casa antes de venir al teatro?

—Con mucho gusto, señora... Será para mí un placer poder explicarle los pasajes difíciles de mi obra.

—Entonces... hasta mañana... Y no me llame señora... Me llamo Sidonie.

Rodolfo salió del Teatro Nacional tan entusiasmado, tan loco, tan lleno de felicidad, que el camino hacia su casa le pareció el camino del paraíso y la ascensión a la buhadilla una dulce cuesta llena de rosas.

—¡Mimí!... ¡Mimí!... ¡Marcelo!—gritó, ya desde fuera—. ¡Han aceptado mi obra!... ¡Han aceptado mi obra!...

Entró loco de entusiasmo, abrazó a Mimí, le dio dos vueltas en el aire y la depositó otra vez en el suelo besándola frenéticamente.

—¡Sssssh, calla, que le vas a despertar!—murmuró Mimí señalando a Barbemouche que se había quedado profundamente dormido en el sillón—. Cuando le hayas devuelto la levita podrás hablar en voz alta.

Rodolfo se despojó rápidamente de aquella prenda que no era suya y habló sin trabas. Contó que

: : : M I M I : : : : : :

le habían aceptado la obra. Que le habían aplaudido. Que las damas habían llorado. Que iban a comenzar los ensayos desde el día siguiente. Que madame Sidonie se había mostrado tan complacida. Que madame Sidonie le había felicitado. Que madame Sidonie había sido la primera en felicitarle. En menos de diez minutos nombró a madame Sidonie veinte veces.

Una nube de tristeza cruzó las pupilas claras de Mimí. Sidonie había ocupado en muy poco espacio de tiempo un lugar muy grande en el ánimo de Rodolfo, y Mimí recordaba las palabras de Musette: "Cuando un amante alcanza la celebridad se olvida de la mujer a la que amó en la época de miseria." Y sintió en el corazón un agudo dolor que quiso disimular.

Rodolfo seguía hablando a Marcelo de su gran triunfo. Le hablaba de cómo se había escuchado la lectura de su obra y le habló mucho, mucho, de madame Sidonie. Mimí, sin poder contener las lágrimas, porque veía que Rodolfo estaba dado por entero al éxito de su obra, corrió a esconderse a su cuarto y rompió a llorar desoladamente. Allí fué a buscarla Rodolfo cuando se dió cuenta de que había desaparecido.

—¡Mimí!... ¡Mimí!—la llamó. —¿Qué te pasa?

—Nada—contestó Mimí secándose sus lágrimas.

—Hoy no hay que llorar. ¡Hoy es el día más feliz de mi vida!... Gracias a madame Sidonie, porque tu amigo, el viejo Lamotte, quería pisotear mi obra... Yo creo que es porque aun te ama y tiene celos de mí... ¿No crees que aun te ama?

—¿Por qué no se lo preguntas a él?—replicó Mimí, pensando que gracias a la buena ayuda de Lamotte se había conseguido la lectura de la obra de Rodolfo.

—¡Oh, no me importa!... ¡Si vieras qué diferencia hay entre la sensibilidad de los hombres y la de las mujeres!... Lamotte quería arruinar mi carrera artística únicamente por celos... en cambio, madame Sidonie, que es mucho más célebre que él, sólo siente el ansia de ayudarme y de protegerme, porque soy un escritor desconocido y ha sabido comprender que había en mí madera de buen dramaturgo... Es una mujer muy simpática madame Sidonie... Lloraba al escuchar mi obra... ¡Si vieras qué elegante iba!... ¡Y qué guapa es!

—También yo he tenido vestidos elegantes —replicó Mimí sintiéndose cada vez más miserable,

más ofendida por las palabras de entusiasmo de Rodolfo.

—¿Lamentas haber dejado a Lamotte, que podía pagarte vestidos caros?

—Si lo lamentara... no me estaría aquí contigo... Tú sabes bien por qué dejé a Lamotte... ¿por qué me haces ahora reproches que no merezco? —preguntó Mimí, rompiendo de nuevo a llorar con desconsuelo.

Entonces se dió cuenta Rodolfo de que no trataba a Mimí como se merecía, y se arrepintió sinceramente de ello. La cogió entre sus brazos, la acarició como a una niña, la besó dulcemente en el pelo y estrechó sobre su corazón aquellas manitas que siempre estaban heladas y un poco húmedas. La miró a los ojos y la vió con sus grandes ojeras amoratadas, con aquellas ojeras que se habían formado en torno a sus ojos desde que vivía con él, desde que pasaba miseria y frío y angustias sólo por permanecer a su lado, por alentarle, por hacerle feliz.

—¡Oh, Mimí, Mimí, vida mía! —le decía a media voz, con infinita dulzura—. No quise hacerte daño... No llores... Ya sabes que te quiero... Mírame, sonríeme, deja que vea brillar en tus ojos la alegría de este día que hemos esperado duran-

te tanto tiempo... Acuérdate de cuánto hemos soñado en él... Y todos los sueños se han realizado: un autor desconocido... su primera obra... el Teatro Nacional... ¡Todo lo hemos alcanzado!... Madame Sidonie...

—¡Oh, basta ya!—murmuró Mimí, confesando en su grito de angustia que eran los celos los que atenazaban su alma—. ¡Es la décima vez que pronuncias el nombre de esa mujer!...

—¿De veras?—preguntó Rodolfo extrañado, porque ni él mismo se había dado cuenta de ello.

—Sí, Rodolfo... y pienso en lo que me ha dicho Musette esta mañana... y pienso... pienso que acaso tenga razón... Me ha dicho que la fama hace olvidar al amor... sobre todo al amor que ha sido el mejor sueño de la época de mísera y desconocida...

—¡Mimí, eso es imposible!—exclamó Rodolfo con sinceridad—. Tú sabes que no dejaré nunca de quererte... Que la fama, si llega, será la corona de nuestro amor.

—¡Oh, Rodolfo!—exclamó Mimí, apoyando su cabecita débil sobre el hombro de su amigo.

—Vamos, vamos, nenita, ya no llores más... Estás helada... ¿Qué tienes?... ¿Te sientes mal?... Ahora ya no tendrás que trabajar tanto,

porque seré yo el que gane dinero para los dos... Estás demasiado fatigada... Te pasas las noches tosiendo... No quiero que estés enferma...

—No, mi vida... Si tú no dejas de amarme no estaré nunca enferma—replicó Mimí sonriendo en medio de sus lágrimas—. Pero... date prisa; vas a llegar tarde a casa de madame Sidonie...

—¡Chitón!—dijo Rodolfo tapando con su mano la boca de Mimí y bromeando feliz—. Esta es la treceava vez que pronuncias el nombre de esa mujer... y trece es un número que trae desgracia... Por lo tanto he decidido no ir a su casa... Lo que quiera saber de mi obra se lo explicaré en los ensayos del teatro...

—¡Rodolfo, no puedes hacer eso! ¡Has de pensar en tu obra!...

—He de pensar en mi obra, pero he de pensar también en mi chiquilla querida... Y no quiero dejarte en ese estado... Madame Sidonie... cualquiera que sea su nombre... no conseguirá separarme de ti, aunque en ello me jugara yo el porvenir, mi porvenir de literato...

Rodolfo abrazó más fuertemente a Mimí, y Mimí se sintió la muchacha más feliz de todo París, porque se sentía amada...

Pero la obra de Rodolfo no comenzó a ensayarse. En el Teatro Nacional era madame Sidonie la que imponía su voluntad. Ante el desplante de Rodolfo, aquella mujer, acostumbrada a alcanzar todos sus caprichos, quiso vengarse de él y logró que se comenzara el ensayo de otra obra, dejando la de Rodolfo hundida en el olvido indefinidamente. Rodolfo había llegado puntualmente al teatro para asistir a los primeros ensayos; comprendió pronto lo que había sucedido. ¡Sidonie se vengaba de él! Sus sueños de gloria se desvanecían en un momento. Bajó la cabeza, vencido por el destino, y marchó a la buhardilla de la que no podría salir nunca... ¿Era aquella su suerte?... ¿Estaba condenado a morir en el olvido llevando en su alma todo el caudal de inspiración y de sensibilidad que sentía crecer pujante y arrollador en él? Rodolfo sólo pensaba que, sin la gloria, no podría sacar a Mimí de la miseria que les había rodeado siempre, y que acaso Mimí, con su quebrantada salud, con su palidez casi cadavérica, con sus grandes ojeras de enferma, acabaría muriendo de hambre y de frío entre las paredes míseras del altílo en que vivían, como la protagonista de la obra...

* * *

Trabajo le costó a Mimí convencer a Marcelo de que el caballo, el magnífico caballo sobre el que cabalgaba la figura de Musette como una ninfa maravillosa, había que venderlo al carnicero de la esquina como enseña de su tienda. ¡Era mucho pedirle al artista!... Sólo la idea de que con el dinero podría asistir al baile de máscaras y encontrarse otra vez con Musette, a la que no podía olvidar, le animó a borrar la blanca figura de Musette y dejar sobre el lienzo el magnífico caballo que había despertado el apetito de los parroquianos del carnicero.

Cuando Schaunard vió que Marcelo había ya borrado del cuadro todo lo que quitaba visualidad a la figura del caballo, cuando vió que sacrificaba su arte únicamente para poder asistir al baile de máscaras y encontrar a Musette, su viejo y gran amor, lanzó un grito de júbilo y dijo, como quien recobra de pronto la juventud:

—¡Amigos, volvemos a ser nosotros mismos!... Pobres sin porvenir... ¡y dichosos!... Corramos tras la felicidad...

Fueron todos al baile de máscaras. Habían alquilado unos trajes que no les estaban mal. Mimí estaba monísima vestida de bailarina. Parecía que su figura se había achicado, que su carita tenía un aire más ingenuo e infantil, que se había convertido en una niña. La amplia falda de tul se abría como una magnolia en torno a su talle. Llevaba la espalda casi desnuda y los hombros bien delineados surgían de un mar de espuma de encajes y cintas. Parecía una visión. Rodolfo la contempló extasiado y olvidó por completo en aquel momento su gran decepción del Teatro Nacional.

El baile estaba en todo su apogeo cuando ellos llegaron. Era una

verdadera locura desencadenada la que reinaba allí. Todos gritaban, bailaban apretujados unos contra otros, enloquecidos por la alegría de la fiesta.

: : : M I M I : : : : : :

Marcelo recorría todos los departamentos del local en busca de Musette. El antifaz le servía para ocultar miradas indiscretas y para poder fisgonear con mayor despreocupación, pero no encontraba rastro de Musette. La gran sala de baile estaba convertida en una especie de canal veneciano, con góndolas que se deslizaban suavemente, como si en realidad se movieran sobre la lisa y quieta superficie de un canal. Cada góndola era un rincón de amor para los concurrentes al baile. En una de ellas iba Musette al lado de su príncipe ruso, del que ahora la colmaba de regalos y de joyas, saciando su apetito de lujo. Desde su góndola vió Musette a Marcelo y ya no pudo permanecer por más tiempo al lado del rico amante. En aquel momento era sólo el corazón el que hablaba y la chiquilla, saltando de la góndola, huyó de su caballero para ir en persecución de Marcelo que se había perdido entre la multitud. No tardó en hallarle, rodeado de un grupo de máscaras que le cerraban el paso y se burlaban de él. Musette, con el antifaz puesto, se abrió paso entre el

grupo y se acercó a Marcelo, le pasó los brazos a su cuello y le besó estrepitosamente en los labios. Marcelo se quedó sorprendido y el grupo de máscaras soltó una estridente carcajada.

—¿Cómo puede estar tan serio un caballero tan apuesto?—le dijo Musette, mirándole a través del antifaz—. No me quiera hacer creer que ha perdido a su amante... Y si la ha perdido yo le ayudo a buscarla—añadió, mostrando su rostro a Marcelo.

—¡Musette! — exclamó Marcelo en un raptó de alegría loca.

—¡Marcelo!—exclamó también Musette, abrazándose fuertemente a él.

Como empujados por una misma idea se dieron la mano y echaron a correr entre el grupo de máscaras, desapareciendo entre la multitud. Ya lo habían olvidado todo, porque habían encontrado de nuevo su bello amor juvenil.

Entretanto, desde el palco en donde estaba Sidonie con su rico amante, vió ésta a Rodolfo pasear distraído en compañía de Mimí y de Colline, que iba siempre pegado a las faldas de aquella muchacha por la que sentía un amor completamente platónico. Madame Sidonie no pudo contener un movimiento de asombro al ver a Rodolfo. Le inte-

Como empujados por una misma idea se dieron la mano y echaron a correr entre el grupo de máscaras, desapareciendo entre la multitud. Ya lo habían olvidado todo, porque habían encontrado de nuevo su bello amor juvenil.

Entretanto, desde el palco en donde estaba Sidonie con su rico amante, vió ésta a Rodolfo pasear distraído en compañía de Mimí y de Colline, que iba siempre pegado a las faldas de aquella muchacha por la que sentía un amor completamente platónico. Madame Sidonie no pudo contener un movimiento de asombro al ver a Rodolfo. Le inte-

Como empujados por una misma idea se dieron la mano y echaron a correr entre el grupo de máscaras, desapareciendo entre la multitud. Ya lo habían olvidado todo, porque habían encontrado de nuevo su bello amor juvenil.

Entretanto, desde el palco en donde estaba Sidonie con su rico amante, vió ésta a Rodolfo pasear distraído en compañía de Mimí y de Colline, que iba siempre pegado a las faldas de aquella muchacha por la que sentía un amor completamente platónico. Madame Sidonie no pudo contener un movimiento de asombro al ver a Rodolfo. Le inte-

Como empujados por una misma idea se dieron la mano y echaron a correr entre el grupo de máscaras, desapareciendo entre la multitud. Ya lo habían olvidado todo, porque habían encontrado de nuevo su bello amor juvenil.

Entretanto, desde el palco en donde estaba Sidonie con su rico amante, vió ésta a Rodolfo pasear distraído en compañía de Mimí y de Colline, que iba siempre pegado a las faldas de aquella muchacha por la que sentía un amor completamente platónico. Madame Sidonie no pudo contener un movimiento de asombro al ver a Rodolfo. Le inte-

resaba aquel muchacho que había sido capaz de escribir una obra de tan gran ternura como la que había leído ante el comité de actores, y que había tenido la audacia de jugarse el porvenir desdeñando sus favores. Sidonie sintió ansia de hablar con Rodolfo, de saber el por qué de su desdén, y llamando a unos criados que estaban a su servicio, les dio orden de que llevaran a Rodolfo a una habitación reservada donde ella estaría aguardándole.

—Con tu permiso—le dijo a su caballero con una sonrisa burlona—me voy a jugar una comedia de carnaval con ese muchacho vanidoso que nos leyó ayer su obra...

—¿Me dejas asistir a ese juego?

—No, querido, en él no hay papel para ti—dijo Sidonie, levantándose y dirigiéndose a la habitación indicada para esperar allí a Rodolfo.

Los criados se acercaron a Rodolfo. Iban disfrazados también y tenían la contraseña dada por madame Sidonie:

—¡En nombre del dux de Venecia y del Consejo de los Diez, os arrestamos! —dijeron en tono de broma.

—Pero yo rehusó ser arrestado —replicó Rodolfo, siguiendo la broma carnalesca.

—Estáis obligado a seguirnos si no queréis caer en graves peligros.

—Anda, ve, es preciso obedecer órdenes del dux —le dijo Mimí, riéndose por aquella broma en la que no adivinaba la trama que había—. Yo te espero aquí, con Colline.

Rodolfo titubeó un momento y marchó con aquellos hombres que le taparon los ojos y lo llevaron hasta la habitación en donde Sidonie esperaba. Le dejaron allí y entornaron la puerta tras ellos. Rodolfo se quitó el pañuelo que le privaba de la vista y se quedó enfrenteado con madame Sidonie, que le miró sonriendo y le preguntó:

—¿Ya sabes por qué has sido arrestado?

—No.

—¿Ni sabes de qué se te acusa?

—No —replicó de nuevo Rodolfo, contemplando a aquella mujer cuya belleza le turbaba y le emocionaba.

—Se te acusa de haber hecho esperar a una mujer... ¡Eres el primer hombre que ha hecho esperar en vano a Sidonie!... ¿Por qué?... ¿O por quién? —preguntó Sidonie, con marcada intención.

—Pongamos *por quién* —dijo Rodolfo mirando francamente a Sidonie.

—Así, confiesas que la causa de

hacerme esperar a mí fué otra mujer...

—El juez comprenderá que...

—¿Que la quieres?

—Sí; que la amo con toda mi alma —dijo Rodolfo con vehemencia.

—¡Es muy interesante!... ¡Muy interesante!... No he encontrado hasta ahora un hombre que me hablara con tanta franqueza... Vamos a dar un paseo en góndola y me contará esa historia de amor... No sabe cuánto me gustará oír hablar a un hombre de una mujer de la que está verdaderamente enamorado, sin que esa mujer sea yo misma... Será una cosa completamente nueva para mí... Vamos...

Le cogió del brazo y le llevó al salón, subiendo a una de las góndolas que se arrastraban silenciosamente movidas como por una mano mágica. Rodolfo le contó toda su historia. Se había olvidado del lugar y del tiempo. Hablaba de Mimí, de su Mimí querida y para él ya no contaba nada más en el mundo. Los ojos de Sidonie estaban fijos en él. Se daba cuenta de cuándo amaba aquel hombre a la muchachita modesta y buena que todo lo había sacrificado por él. Y le gustaba oír contar un amor tan hondo, tan sincero, tan grande. Iban dando vueltas en la góndola, absortos en

aquella conversación que les tenía a los dos completamente apartados de la multitud que les rodeaba.

Mimí había dado unas vueltas con Colline por el salón, hasta que le sorprendió una voz conocida que le decía:

—¿No quieres concederme un rato de charla, bella bailarina?

—No, si no te descubres —replicó Mimí.

—¿No conoces ya a tu viejo Lamotte? —preguntó la máscara mostrando su rostro.

Mimí sonrió y le dijo a Colline que no se apartara mucho de ella, que volvería pronto.

—Tengo muchas cosas que contarte —le dijo Lamotte, cogiéndola del brazo y llevándola a uno de los pequeños palcos.

—También yo a ti... ¿Por qué han suspendido los ensayos de la obra de Rodolfo? —le preguntó Mimí con angustia.

—Tú tienes la culpa.

—¿Yo? —preguntó con ingenuo asombro la muchachita.

—Sí, tú... Tú eres un obstáculo en la carrera de Rodolfo... Rodolfo necesita ahora libertad de acción... Si hubiera ido a casa de madame Sidonie, si hubiera sabido complacerla, los ensayos hubieran comenzado inmediatamente... Pero tu amor le retuvo a tu lado... y todo

se perdió... Rodolfo quizá encuentre otro teatro en donde quieran representar su obra, pero no encontrará otra Sidonie que le empuje hasta el pináculo... Mimí, tú le amas, tú crees en su genio, tú tienes que ayudarlo... Si Rodolfo es en realidad un genio, tienes que ayudarlo... Déjale solo... Es tu deber... Le empujarás mejor hacia la gloria marchando lejos de él que quedándote a su lado...

Mimí escuchaba en silencio aquellas palabras y se acordaba de las que Musette le había dicho... ¿Es que la gloria ciega de tal modo que hace olvidar los más bellos amores? Mimí sintió frío en su corazón, más frío aun porque en aquel momento descubrió entre las góndolas aquella en que iban Sidonie y Rodolfo, hablando animadamente:

—Es muy interesante su historia... ¡Cuánto me gustaría conocer a esa Mimí, a esa mujer afortunada que cuenta con un amor tan honrado y tan sincero como el suyo!... Desde mañana comenzarán los ensayos de su obra... Usted y ella merecen ser felices — murmuraba Sidonie, emocionada por el relato que acababa de oír de labios de Rodolfo.

—Así... ¿estoy perdonado? —

preguntó Rodolfo, tomando una mano de Sidonie.

—Perdonado y absuelto de corazón.

—Gracias... Es usted la más buena de las mujeres — dijo Rodolfo, con una alegría loca, besando varias veces la mano que le protegía.

Mimí no oía la conversación que se cruzaba entre su amante y la que ella creía su rival. Sólo por los gestos juzgó que ya Rodolfo se había olvidado de ella, que ella debía hacerse a un lado para dejar el campo libre a Rodolfo para emprender el camino de la fama. Sentía grandes deseos de llorar, pero se contuvo y mirando a Lamotte, que había presenciado en silencio la tortura sorda de la pobre niña, le dijo:

—Las cosas se arreglan por sí solas... Parece que Madame Sidonie es una mujer muy persuasiva... ¿Te acuerdas de los jueves en el Folies Bergère?... Hoy es jueves... ¡Vamos allí otra vez!...

Le cogió del brazo y le obligó a salir rápidamente del local. En el coche de Lamotte se trasladaron al Follies. Mimí fué recibida por todos sus antiguos amigos con grandes muestras de júbilo. Allí era donde ella cantaba cuando conoció a Lamotte. Todos le suplicaron que volviera a cantar, que cantara como

... M I M I ...

en los viejos tiempos pasados. Mimí no se resistió, quería olvidar su vida al lado de Rodolfo y reemprender la que había llevado antes de conocerle. Bebió dos copas de champán para animarse. Se sentía muy floja y la tos la había molestado mucho aquella noche, seguramente debido al enrarecimiento de la atmósfera en el baile de máscaras. Se puso en pie y comenzó a cantar aquella canción que cantó la noche que había huído de casa de Lamotte y que había entrado en el Café Momus para ganarse unos céntimos que la permitieran cenar:

“¡Amemos siempre!... ¡Amemos en la alegría y en la tristeza!... ¡En el dolor y en la incertidumbre!...

No pudo terminar. Le subió un sollozo a la garganta. ¡Nunca podría olvidar a Rodolfo! Y ahora se

acordaba de aquella noche en que ella perdió la llave en la habitación del poeta, en que el rayo de luna había entrado por la ventana discretamente, cuando ya no era posible encontrar la llave... y había alumbrado el momento divino de su mutuo amor...

—¡No puedo!... ¡No puedo!... — sollozó desesperada. Y antes de que nadie pudiera evitarlo salió corriendo del restaurante y se lanzó a la calle sin fijarse en la lluvia torrencial, en el frío de aquella noche de febrero, en que ella iba con un liviano vestido de bailarina y en que su salud era más frágil aun que los tules de su falda amplia que como una magnolia marchita se pegaba ahora a su cuerpo empapada por el agua...

* * *

Los ensayos de la obra de Rodolfo comenzaron. La ansiada hora había llegado, pero llegaba envuelta en la más espantosa de las tris-

tezas... Rodolfo no había vuelto a saber nada de Mimí desde la noche del baile de máscaras en la que había desaparecido de una manera

misteriosa. Asistía Rodolfo a los ensayos, se entregaba a ellos con ardor, corregía escenas, estaba en todo, quería aturdirse en el trabajo, quería buscar en el arte el olvido de aquel amor que había sido la mejor luz de su vida, pero todo le recordaba a su amada, a la criatura graciosa, buena, gentil, dulce, humilde, que le había alentado en las horas angustiosas de la miseria, animándole siempre a seguir adelante hasta que alcanzara el triunfo... aquel triunfo tan ansiado que ahora sólo servía para hacerle sentir más honda la herida de la separación.

—Tu corazón sufre — le decía Sidonie cuando le veía con la mirada ausente, con el rostro contraído, con los ojos nublados por la tristeza—. Pero pronto olvidarás...

—¡Nunca, nunca podré olvidarla! — replicaba Rodolfo con voz profunda, convencido de que el olvido no le traería jamás su consuelo.

—El dolor no es eterno.

—Cuando se ama de veras, sí. ¿No sabe usted lo que es amar?... ¿No conoce usted las torturas de perder al ser amado?... Es como si se perdieran todas las facultades, como si el alma se nos escapara y tuviéramos que arrastrar un cadáver viviente, un cuerpo que sigue

respirando, pero que ya no es capaz de ver, ni de oír, ni de sentir, nada más que sentir aquel vacío imposible de llenar, aquella angustia terrible que ahoga, aquella inquietud de una vida que no es vida, porque se han perdido todos los motivos para vivir... porque ya no se tienen ilusiones ni esperanzas...

—Pero... ¿y la gloria?

—La gloria, el triunfo, nada puede llenar el vacío de un corazón que ama...

Rodolfo decía la verdad. El vacío de su corazón no podía llenarse. Lo hubiera dado todo, todo, para poder encontrar a Mimí, para poderla abrazar de nuevo, para poderla tener a su lado ahora que ya no vivía en la mísera buhardilla, ahora que tenía un apartamento confortable, casi lujoso para aquellos que no habían conocido hasta entonces más que la negra miseria; ahora que podría darle un bienestar digno de ella...

Nadie sabía qué se había hecho de Mimí. Sólo Colline estaba en el secreto, porque Colline había seguido en aquella noche del baile todos los pasos de Mimí, de la mujer que contaba con todo el platónico amor de aquel filósofo que había sabido hallar la felicidad en un amor sin posible correspondencia; y la había visto salir del Fo-

... : : M I M I : : : : :

llies, y la había visto correr alocadamente por la calle y caer sobre el suelo desmayada... El mismo fué quien la recogió y quien la llevó a un hospital esperando allí a que Mimí se reanimara. Y allí la había dejado después de haber dado a Mimí su palabra solemne de que nada diría a Rodolfo.

Colline fué a verla todos los días. La calentura no dejaba aquel cuerpo desmedrado y tiritante. Mimí se iba consumiendo lentamente, agotada más que por la fiebre por la pasión de ánimo de su gran renunciamiento. Estuvo mucho tiempo en cama. Colline la visitaba a diario, le llevaba un ramito de flores y le hablaba de Rodolfo. Los ensayos seguían. La obra se estrenaría en el otoño, cuando la "saison" empezaba en París, para que su triunfo fuera más resonante. Rodolfo no pensaba ya en su triunfo, sino en Mimí...

A Mimí le gustaba que Colline fuera tan bueno que quisiera hacerla creer que Rodolfo pensaba en ella. Pero Mimí seguía sufriendo, segura de que Rodolfo la había olvidado para entregarse por completo a su triunfo de artista y a los halagos que el triunfo traía consigo... Pensaba además, en Madame Sidonie, y veía siempre a Rodolfo besándole la mano con vehemencia,

como le había visto en el baile de máscaras. Aquella visión era la pesadilla constante de sus noches calenturientas y angustiosas.

—¡Qué bueno eres, Colline! — le decía Mimí con ternura—. Si no amara a Rodolfo con toda mi alma, te hubiera amado a ti...

—¿Quieres que avise a Rodolfo?

—No... Me juraste silencio y quiero que guardes silencio... Rodolfo no debe saber nada de mí... No quiero ser un estorbo en su carrera...

—Pero destrozas su corazón...

—Olvidará... olvidará pronto... El olvido está en nuestra propia naturaleza...

—¿Has olvidado tú?...

—¡Oh, es muy distinto! — suspiró Mimí entornando los ojos.

Colline la miró y sintió una angustia indefinible. Mimí, con los ojos entornados, parecía una muerta. Hasta ahora no se había dado cuenta de la delgadez, de la demacración de aquel cuerpo consumido por la tuberculosis.

—Doctor, dígame la verdad, ¿puede durar mucho? — preguntó aquel día Colline, al salir de la visita de la enferma.

—Está muy débil, muy débil... Quizá resistirá el resto del verano... pero cuando comiencen a caer las hojas...

Mimí escuchó aquellas palabras y sonrió con dulzura... La muerte, para ella, pobre criatura atormentada por la vida, era la suprema esperanza.

—Lo peor es que no tiene ganas de vivir — siguió diciendo el médico—. No hace ningún esfuerzo para curarse... Si pudiera devolverle la ilusión de la vida...

Colline pensó desobedecer las órdenes de Mimí, romper su palabra, y hablar a Rodolfo. ¡No iba a dejar que Mimí se muriera en aquella sala de hospital! Era preciso trasladarla a casa y rodearla de todas las comodidades, de todos los mimos, de todas las atenciones. Sin anunciarle a Mimí la visita, al día siguiente fué a verla acompañada de Rodolfo:

—¡Oh!... — exclamó Mimí en un arranque de júbilo—. ¿Por qué has venido?...

—He venido para siempre... Para llevarte a mi lado... Para no separarnos nunca... — dijo Rodolfo, estrechándola entre sus brazos y besándola con delirio.

El doctor se acercó a ellos y los separó dulcemente.

—Mimí está muy débil... y... será bueno que no la bese mucho... puede perjudicarla...

Mimí comprendió. Sabía cuál era la enfermedad que la iba con-

sumiendo. Era un sacrificio más que haría por Rodolfo. No volvería a besarlo mientras viviera.

La trasladaron a casa de Rodolfo. Los cuidados y, más que nada, la alegría de volver a estar al lado de su amado, el convencimiento de que no había dejado de amar nunca, la seguridad de que ya no se separaría de él, la dicha de verle instalado en apartamento casi lujoso, la mejoraron hasta el punto de poderse levantar de la cama y pasar largas horas sentada en su sillón de convaleciente, charlando o mejor dicho, oyendo charlar a sus compañeros, a los que ella había conocido en época difícil y que ahora triunfaban poco a poco. Marcelo se había marchado a Londres y tenía un éxito grande con sus cuadros. Un lord inglés había descubierto que el caballo que figuraba en la enseña de la carnicería parisina era una verdadera obra maestra, y había indagado el nombre del pintor y se lo había llevado a Londres prometiéndole triunfos y dinero.

—¡Cuando os conocí erais todos unos holgazanes!... — decía Mimí riendo, cuando hablaban de sus actuales triunfos.

—No... no éramos holgazanes... Lo que nos faltaba era una musa... y ésa fuiste tú — decía Rodolfo, besándola.

... M I M I ...

—No quiero... no quiero que me beses — replicaba Mimí, apartando los labios, cuando sentía el ansia de recibir en ellos la caricia dulcísima de los labios de Rodolfo. —El médico dijo que no debías besarme...

—Los médicos no saben lo que se dicen... También dijo que no trabajaras y te pasas el día cosiendo...

—Es mi traje de noche... para la noche del estreno de tu obra... Quiero que esté acabado y quiero ser yo la que lo haya hecho... ¿No ves que ya estoy bien?... Lo que me faltaba era tu amor para vivir... ahora lo tengo y renazco de nuevo...

Mimí sabía bien que no podría curarse. Se sentía muy débil y pasaba las noches tosiendo, ahogando la tos en la almohada de su camita para que Rodolfo, desde la habitación vecina, no pudiera oírla. Sabía que ahora estaba un poco reanimada por el calor del sol, por el ambiente tibio del verano, por la ilusión de su amor... Pero cuando viniera el otoño... cuando las hojas comenzaran a caer... ella, pobre violeta temblorosa y débil, caería también deshecha por los huracanes otoñales... Pero Mimí era animosa y no quería apesadumbrar

a Rodolfo. Era preciso disimular y disimulaba hasta el fin.

Terminado el mes de septiembre Mimí tuvo que guardar cama otra vez. Ya no podía estar sentada en su sillón. Ni hubiera podido coser, porque los ojos perdían visualidad. Tenía terminado su vestido, su bellísimo vestido de noche que ella sabía bien no podría estrenar.

—Quiero que me lo pongan de mortaja — le dijo a Musette una tarde en que se habían quedado solas—. Y en los hombros el chal que Rodolfo me regaló la primera mañana que pasamos juntos...

—¿Por qué hablar de esas cosas, Mimí? — le preguntó Musette procurando ocultar su angustia.

—Porque eso va a llegar... y quiero que hagas todo tal como yo te he dicho... ¿No ves?... Los árboles del parque ya comienzan a desnudarse... ¡Y yo siento un frío tan intenso!... Sólo quisiera vivir hasta la noche del estreno de la obra de Rodolfo, para llevarme conmigo la alegría de su triunfo...

Mimí procuraba animarse pensando en la noche del estreno, que ya se avecinaba. No le importaba morir, si Rodolfo triunfaba. Sacrificaba con gusto su vida para labrar el porvenir de Rodolfo... Porque Rodolfo había conseguido, gracias a su sacrificio, llevar a es-

cena su obra genial. Mimí estaba convencida de ello y ello le daba consuelo en aquellos días grises del otoño en que cada ráfaga de viento arrancaba millares de hojas... En una de aquellas ráfagas se apagaría su existencia...

La noche del estreno llegó. Todos los amigos estaban emocionados. Marcelo había venido de Londres expresamente para asistir al estreno. Colline estaba tan emocionado que parecía él el autor. Todos querían marcharse y todos hubieran deseado quedarse al lado de Mimí a la que la emoción parecía haber reanimado un poco.

—No, no, yo me quedaré sola... Iros todos... Ya que yo no la puedo ver quiero que la veáis todos.

—Yo me quedo contigo — dijo Musette, porque temía que algo malo pudiera pasarle mientras ellos estaban en el teatro—. La obra se representará centenares de veces... Tú y yo iremos a verla juntas...

Las dos amigas se quedaron. Mimí escrutaba con angustia el reloj, viendo como pasaban las horas. ¿Triunfaría la obra entre el público como había triunfado entre los intelectuales? ¿Sería un fracaso?... Colline había prometido venir a mitad de representación para darle noticias del efecto que producía... Pero aun no había venido y la an-

gustia crecía en el pecho de la enferma, que respiraba fatigosamente.

—¡Cuánto me gustaría estar en el teatro! — murmuró.

—Iremos juntas en cuanto estés buena — contestó Musette, cogiéndole la mano.

—¿Llegaré a verla?... Sería mi felicidad... Quisiera vivir para poder ver el triunfo de Rodolfo...

—Y vivirás... no lo dudes... Eso no es nada, Mimí, es la debilidad de los tiempos de privaciones... Pero ahora que estás tan bien cuidada ya verás cómo vas a vivir...

—Musette... mira cómo caen las hojas de los árboles y cómo revolotean junto a mi ventana... Son las anunciadoras de mi muerte... El doctor lo dijo... Sólo quisiera vivir hasta saber si la obra ha triunfado...

—¡Triunfa, triunfa! — exclamó la voz de Colline que llegaba en aquel momento a dar noticias a la enferma de la marcha de la representación—. Ha habido un momento en que el público parecía indignado, creyendo que se trataba de una obra inmoral... pero luego ha reaccionado y el triunfo es seguro... Me voy corriendo, no quiero perder la última parte, el acto final en el que hay tanto sentimiento encerrado.

Colline salió con la misma prisa con que había entrado y Mimí entornó los ojos dulcemente.

—¡Triunfa!... — murmuró—. Ahora ya sólo falta el último acto... ¡tan bello y tan triste!... La protagonista... muriendo dulcemente... arrullada por el amor que había sido la luz de toda su vida... ¡la muchacha más feliz de todo París... porque había sido la muchacha más amada!...

Su voz se apagó en un suspiro. Musette le cogió la mano, le tocó la frente, acercó a su boca su rostro por el que rodaban lágrimas de honda pena... Mimí había dejado de existir en el mismo instante en que la protagonista de la obra de Rodolfo moría en escena entre delirantes aplausos de la multitud.

Sidonie, después de haber saludado muchas veces desde la escena, dando la mano al autor, se volvió a éste y le dijo, abrazándole con sinceridad:

—Te felicito, te felicito; es el triunfo que yo esperaba.

—Gracias... gracias... pero...

—Sí, ya lo sé... Has de correr al lado de Mimí para contarle tu

triunfo... Mimí te espera... Toma, dale estas flores de mi parte — dijo, entregándole el bellissimo ramo que acababan de regalarle — y dile que es la muchacha más feliz de todo París...

Rodolfo corrió a su casa con las flores en la mano y entró precipitadamente en el cuarto de Mimí. Musette salió a su encuentro con el dedo en el labio:

—¿Duerme? — preguntó Rodolfo, mirando a Mimí que estaba más pálida que nunca.

Musette no pudo contestar. Volvió el rostro y sollozó en silencio. Rodolfo comprendió lo que había ocurrido, se acercó al lecho, tocó aquellas manitas que estaban más heladas que en los días más fríos de la buhardilla y colocó entre ellos el ramo de Sidonie. Luego se arrojó junto al lecho, hundiéndose entre las sábanas su cabeza angustiada y sollozó desesperadamente, mientras sus labios pronunciaban las palabras de su comedia:

—¡La muchacha más feliz de París!... ¡La muchacha más feliz de todo París!...

De interés para nuestros suscriptores y lectores

EDICIONES BISTAGNE publicará en esta acreditada colección, en exclusiva, la novelización de la casi absoluta totalidad de las producciones nacionales, y adelantamos algunos títulos a cual más sugestivo:

La bien pagada

publicada

El último contrabandista

publicada

El niño de las monjas

publicada

Don Quintín el amargao

publicada

Nobleza baturra

publicada

Madre alegría

publicada

Rosario la cortijera

publicada

Es mi hombre

publicada

La hija del penal

publicada

Rataplán

publicada

La verbena de la paloma

publicada

La hija de Juan Simón

publicada

El secreto de Ana María

publicada

El 113

publicada

¡Abajo los hombres!

publicada

Los claveles

publicada

Amor en maniobras

publicada

Paloma de mis amores

publicada

Currito de la cruz

publicada

El cura de aldea

El bailarín y el trabajador

La señorita de Trevelez

Morena clara

¿Quién me quiere a mí?

La farándula

Las tres rosas

Error judicial

La papirusa

La casa de la troya

La mujer adúltera

El ruiseñor del convento

Pecado de Amor

Precio: UNA PESETA

Inmejorable presentación

¡EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

E. B.

Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

Precio: Una peseta